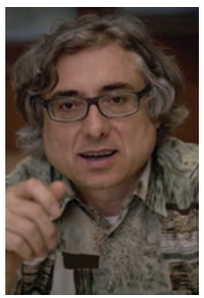
Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único

Sufrimos la turboglobalización y, cada vez más, la imposición de un "pensamiento único" (PU) peligrosamente reductivo. Las crisis, los riesgos y los "daños colaterales" son hoy globales. Las críticas y los análisis deben serlo también. Sólo la transversalidad interdisciplinar de la "macrofilosofía" puede ofrecer nuevas coordenadas y marcos globales validos para gestionar nuestro angustioso presente. Hay que superar el conformista desánimo postmoderno, la desorientación provocada por microrelatos que se recrean en lo parcial, y las especulaciones cínicamente festivas. Pues nos impiden encarar la cruda realidad del presente postindustrial, financiero, virtualizado, reafirmado en un ciego y cruel PU a pesar de la crisis. "Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único" nos ofrece las herramientas básicas para ello y una visión "macro" que "empodere" al lector frente a retos terribles, pero en el fondo consubstanciales con la humanidad. Pues la globalización es ya muy antigua y la humanidad ha convivido con ella. También el PU tiene una genealogía moderno-occidental, cuyo conocimiento también "empodera". Comprender para enfrentar y empoderarse de la globalización y del PU.



Gonçal Mayos

Gonçal Mayos es titular de filosofía en la Universidad de Barcelona. Ambicioso investigador interdisciplinar de la "macrofilosofía", analiza los grandes movimientos culturales, sociales y políticos actuales (y su genealogía moderna). Tiene una documentada web universitaria http://www.ub.edu/histofilosofia/gmayos/ ("gmayos" en cualquier buscador).

978-3-8484-7809-5

editorial académica española

Macrofilosofía de la globalización y PU

Gonçal Mayos

editorial académica española

Gonçal Mayos

Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único

Un macroanálisis para el "empoderamiento".

Gonçal Mayos

Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único

Gonçal Mayos

Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único

Un macroanálisis para el "empoderamiento".

Editorial Académica Española

Impresión
Información bibliográfica publicada por Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek enumera esa publicación en Deutsche Nationalbibliografie; datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en http://dnb.d-nb.de.
Los demás nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la marca registrada o la protección de patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. El uso de nombres de marcas, nombre de producto, nombres comunes, nombre comerciales, descripciones de productos, etc. incluso sin una marca particular en estas publicaciones, de ninguna manera debe interpretarse en el sentido de que estos nombres pueden ser considerados ilimitados en materias de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizadas por cualquier persona.

Imagen de portada: www.ingimage.com

Editor: Editorial Académica Española es una marca de
LAP LAMBERT Academic Publishing GmbH & Co. KG
Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Alemania
Teléfono +49 681 3720-310, Fax +49 681 3720-3109
Correo Electronico: info@eae-publishing.com

Aprobado por: Barcelona, Universidad Barcelona, Trabajo postdoctoral, 2012

Publicado en Alemania
Schaltungsdienst Lange o.H.G., Berlin, Books on Demand GmbH, Norderstedt,
Reha GmbH, Saarbrücken, Amazon Distribution GmbH, Leipzig
ISBN: 978-3-8484-7809-5

Imprint (only for USA, GB)
Bibliographic information published by the Deutsche Nationalbibliothek: The Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available in the Internet at http://dnb.d-nb.de.
Any brand names and product names mentioned in this book are subject to trademark, brand or patent protection and are trademarks or registered trademarks of their respective holders. The use of brand names, product names, common names, trade names, product descriptions etc. even without a particular marking in this works is in no way to be construed to mean that such names may be regarded as unrestricted in respect of trademark and brand protection legislation and could thus be used by anyone.

Cover image: www.ingimage.com

Publisher: Editorial Académica Española is an imprint of the publishing house
LAP LAMBERT Academic Publishing GmbH & Co. KG
Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Germany
Phone +49 681 3720-310, Fax +49 681 3720-3109
Email: info@eae-publishing.com

Printed in the U.S.A.
Printed in the U.K. by (see last page)
ISBN: 978-3-8484-7809-5

Copyright © 2012 by the author and LAP LAMBERT Academic Publishing GmbH & Co. KG and licensors
All rights reserved. Saarbrücken 2012

Macrofilosofía de la globalización y del Pensamiento Único

Gonçal Mayos[1]

> "**Peligro de nuestra cultura:** Pertenecemos a un tiempo, cuya cultura está en peligro de hundirse debido a los [propios] medios de cultura."[2] F. Nietzsche, *Humano, más que humano*, I # 520.

Los atentados a las Torres Gemelas de New York el 11-9-2001 marcaron un cambio de era. En concreto significaron el final de la llamada "fiesta" postmoderna y del ingenuo "fin de la historia" formulado por Francis Fukuyama (1992). Ocuparon su lugar en el debate internacional las cuestiones de la globalización, el "pensamiento único"[3] (PU), el choque de civilizaciones de Samuel P. Huntington (2005) y, pronto, la crisis hipotecaria y financiera.

Hoy, del marco mental de la Guerra fría e, incluso, de la Postmodernidad parece quedar un único consenso claro: la "globalización" y la hegemonía de los "mercados globales" sobre todo sin excepción: Estados-nación, jerarquías económico-tecnológicas internacionales, deudas "soberanas", "estado del bienestar", culturas, expectativas de los individuos y poblaciones enteras... Como plantea Edward Luttwak (2000), la globalización comporta unos nuevos vencedores y unos nuevos perdedores, hasta el punto que hoy parece haberse convertido en el "juicio universal" de la historia (el

[1] Profesor titular de filosofía moderna y contemporánea en la UB y consultor de la UOC. Web universitaria personal: www.ub.edu/histofilosofia/gmayos.

[2] Cuando no especificamos lo contrario, la traducción es nuestra.

[3] Recordemos que Ignacio Ramonet popularizó esta influyente advertencia en 1995 en un famoso editorial de *Le Monde Diplomatique* y la amplió en el libro *Il Pensiero Unico* (1996) que escribió con Fabio Giovannini y Giovanna Ricoveri (Mayos 2000: 17ss).

“Weltgericht” que plantearon Schiller o Hegel) que lo gobierno todo en la actualidad.

Podemos definir la “globalización” como un complejo proceso de larga duración que evidencia la comunicación e interdependencia de todo el planeta Tierra. En el mundo francófono se usa muy habitualmente el término “mundialización”, pero nosotros preferimos usar la palabra de origen anglosajón “globalización” y consideramos los dos términos como sinónimos. Dado que estamos ante lo más parecido a un totalizador y totalizante “juicio universal”, nos parece contraproducente distinguir –como algunos pretenden- entre una “mundialización” en sentido económico, geográfico y tecnológico, y una "globalización" en sentido cultural y unificador (cuyo último extremo sería el PU).

La condición definitoria de la actual sociedad postindustrial y “del conocimiento” es la casi inseparable trabazón entre conocimiento y tecnología, cultura y economía, geopolítica y geoeconomía (Luttwak 2000)... Pues, la actual globalización tiende a entronitzar un único sistema “posible” que incluye: economía, tecnología, política, massmedia, Internet... y un “pensamiento único” de alcance mundial y que define la única “cosmovisión” y “cultura” hoy posible.

La aparición plenamente consciente y evidente para todos de ese objeto nuevo que es la Tierra en su conjunto, conlleva profundos cambios mentales. El peor de ellos quizás es el PU que, en última instancia, tiende a tratar reductivamente a la Tierra como lo que Martin Heidegger llamaba un mero “objeto-a-mano”. Es decir, tratarla como un objeto que puede ser poseído tecnológicamente y dominado instrumentalmente por el juego económico de los “mercados”.

Así el PU pretende ridiculizar como mera mitología sinsentido la tradicional tendencia humana a reverenciar y considerar sagrada la naturaleza como “madre” común de toda la humanidad y todas las criaturas vivas. En cambio impone la muy reciente hegemonía cultural que –desactivando todas las históricamente dadas- bloquea que la humanidad se haga cargo conscientemente de su nueva responsabilidad con respecto a la naturaleza, el planeta y la vida que contiene. Incluso impide enfrentar solidariamente los amenazadores riesgos globales (Ulrich Beck 1994) que vamos construyendo.

1.- ¿SOMOS GLOBALES?

Aunque nunca había sido tan intensa como hoy, en muchos aspectos la globalización tiene un origen y una genealogía muy antiguos que conviene tener en cuenta para poder hacerle frente. Pero aún hoy, la globalización se manifiesta bajo una diversidad de aspectos que no van al mismo ritmo. Así la globalización económica y –especialmente- la financiera van muy por delante junto con la tecnológica (especialmente en la comunicación), en el turismo y en los riesgos epidémicos[4] y medioambientales. Aunque ya apunta en el horizonte un muy peligroso PU, la globalización es más débil en lo cognitivo, cultural y civilizatorio. Y lamentablemente es muy limitada por lo que respecta a la circulación laboral de la población, la globalización social y política, en los derechos civiles o en la calidad de vida.

Significativamente, ya nadie duda de la práctica imposición en todas partes de un mismo modelo económico y tecnológico; también todo el mundo lamenta la carencia de globalización en el conocimiento humano o teme la creciente uniformización global de las culturas y civilizaciones. Mucho más ambivalente suele ser la reacción respeto a la circulación laboral de la población y ante los nuevos riesgos medioambientales, pero muy pocos dudan del impacto que tiene en ello la creciente globalización. Por contra, prácticamente todo el mundo considera todavía un ideal utópico la necesaria

[4] Un claro ejemplo de los riesgos de la globalización para la salud es la rápida extensión del virus del sida en todo el mundo. Pero hay parecidos antecedentes históricos como la famosa “peste negra” de mediados del siglo XIV. Tanto la extensión del sida como de la “peste negra” sólo han sido posibles por los crecientes procesos de globalización. En el siglo XIV la peste fue llevada por los primeros barcos (en concreto por las ratas que los habitaban) que de manera directa o casidirecta enlazaban los puertos mediterráneos (Venecia, Génova, Barcelona, Valencia...) con los del Extremo Oriente (donde apareció la enfermedad). No nos tiene que extrañar que, actualmente, el sida haya viajado tanto en las primeras clases de los aviones como en las peores condiciones de la inmigración ilegal.

convergencia global en lo social, político, en los derechos y en la calidad de vida.

Como hemos visto hay una gran diversidad de ritmos y de impactos efectivos dentro de la globalización. Precisamente porque el desarrollo logrado en cada uno de sus aspectos es incomparable con el de los otros, tenemos que especificar y matizar en cada caso a cuál nos referimos. Además las reacciones provocadas ante cada uno de los aspectos suele ser muy diferente.

Prácticamente nadie parece manifestarse en contra de la deseabilidad de que la calidad de vida (por ejemplo: sanidad, escolarización, reconocimiento de los derechos civiles...) lograda por los países más avanzados se extendiera también a los países más pobres. Ahora bien, como que esta globalización va mucho más retrasada respecto a la financiera, económica, tecnológica y de riesgos epidémicos y medioambientales, normalmente se la olvida y se destacan –en cambio- los otros aspectos negativos o peligrosos de la globalización.

Por ello, los nuevos movimientos sociales que son críticos a estos aspectos (a pesar de que puedan defender otros como el mencionado) son denominados simplemente como “altermundistas” o “antiglobalización”. Es fácil entenderlo pues es indiscutible que hoy en día los efectos negativos de la globalización parecen haberse avanzado a los positivos (que también son muy importantes) y –sobre todo- son más visibles para el conjunto de la población.

Como muy bien percibió Zygmunt Bauman (2003, p. 81), tendemos a hablar de globalización refiriéndonos “ante todo, a los efectos globales, claramente indeseados e imprevistos”. Vemos en la globalización un destino que nos ha

“caído” encima y que tenemos que cargar en contra de nuestra voluntad, y no como algo que hacemos entre todos, que es el resultado de nuestra acción colectiva en el mundo y que es uno de los efectos más importantes de la historia humana. Ciertamente la globalización nos da miedo y nos desorienta porque –a pesar de que la hemos hecho entre todos- todavía “No tenemos ni sabemos a ciencia cierta como obtener los medios para planificar e instrumentar acciones globalmente.” (Bauman, 2003, p. 81)

1.1.- Humanizar y “empoderarse” de la humana globalización

Por razones que expondremos concisamente en este artículo, hay que dejar de ver la globalización como algo ajeno, impuesto, no-humano e incontrolable. Muy al contrario, hay que ver la globalización como uno de los efectos más generales de la acción humana sobre el mundo, como algo que nosotros hemos hecho y que por lo tanto -de alguna manera- hemos querido (aunque sea inconscientemente). La globalización es algo humano (nada más que humano, diría Nietzsche) y, por lo tanto, si nosotros hemos hecho la globalización, nosotros también la podemos cambiar, dirigir o controlar de alguna manera. Somos los humanos –como especie y como “sistema-mundo”- los que hemos hecho la actual globalización; por lo tanto también somos nosotros los que la podemos transformar, redirigir o –al menos- humanizar en sus efectos.

Como se suele decir y es muy probable, la globalización ha venido para quedarse y los costes de volver a épocas de menor globalización podrían ser inmensos. Ahora bien, quizás todavía más altos pueden de ser los costes de dejar que la globalización acontezca ingobernablemente, que crezca sin auténtica ni consciente guía humana, que aumente desproporcionadamente

en unos aspectos (como hemos visto) mientras que en otros permanezca prácticamente inexistente.

Por lo tanto y en definitiva: hay que redirigir conscientemente esa obra conjunta de la humanidad que es la globalización, hay que humanizarla, hacerla menos agresiva con las personas que la viven y adaptarla a las necesidades humanas. Por ello es necesario que la humanidad en conjunto se empodere conscientemente de la globalización que hasta ahora ha construido con total inconsciencia.

Seguramente es éste un proyecto que tiene mucho de aspiración utópica, pero también es sin duda una necesidad ineludible. La globalización actual ha llegado a un nivel tan grande que ya no podemos simplemente dejar que se desarrolle sin guía e inconscientemente -como hasta ahora-, sino que necesitamos conducirla de forma consciente y prevenir sus efectos racionalmente.

La globalización es un fenómeno muy antiguo (Osterhammel & Petersson, 2005 y Steger, 2003) cuyos orígenes se remontan mucho en la historia. Así Steger (2003: 20ss) dedica un capítulo al "período prehistórico" que cifra entre los 10.000 y los 3.500 años a.C. Ahora bien, sin duda la actual globalización ha cambiado profundamente su naturaleza. Hemos entrado en un estadio de acelerado cambio, de contactos continuos y prácticamente instantáneos; hemos entrado en el que podemos denominar la "turboglobalización".

Por eso desaparecen aceleradamente los límites que –hasta hace poco- todavía mantenían amplias zonas del mundo relativamente autónomas o independientes de las otras. La actual globalización ha hecho las tradicionales fronteras geográficas mucho menos importantes y estancas;

similarmente sucede con las fronteras políticas de los Estados-nación, mientras que las económicas son prácticamente ineficaces en muchos casos. Ciertamente no han desaparecido del todo, pero su impacto y capacidad efectiva de filtrar se ha reducido enormemente.

La acelerada "turboglobalización" va paralela en algunos aspectos a lo que podemos denominar una "globalización monádica"[5], ya que para una cierta élite mundial (que analizaremos) prácticamente carece de distinciones o diferenciaciones internas. Está conformada por un único sistema o un sólo mundo, en el que las distancias han desaparecido totalmente. La actual globalización ya no se limita a conectar y a mediar entre subsistemas o "mundos" en gran medida independientes y con voluntad y capacidad autocrática. Con la velocidad de las modernas tecnologías de la comunicación y la información (TICs), el mundo se ha convertido -virtualmente y para un número creciente de personas- en una "mónada" única. Internet encarna el ideal de McLuhan (1989) de la "aldea global" o "Global Village" y, todavía más, de una globalización monádica.

Por otra parte, el amable lector estará de acuerdo en que, a pesar de la virtualidad monádica que internet le configura, la sociedad actual mantiene múltiples realidades cruelmente escindidas y encadenadas a servidumbres atávicas de condiciones locales, sociales y políticas todavía aisladas, cerradas sobre si, fosilizadas en sus dinámicas internas... En definitiva, nos

[5] Hemos creado el neologismo "globalización monádica" para indicar que la velocidad de les actuales TICs están generando un mundo donde la distancia interna virtualmente ha desaparecido (al menos en las comunicaciones telemáticas). Nos remitimos al uso del termino "mónada" (del griego "monádos": "unidad") que lleva a cabo el filósofo y matemático racionalista Gottfried Wilhelm Leibniz. Éste consideraba las "mónadas" como las "unidades últimas" o "átomos no-materiales ni extensos" de la realidad, y las caracterizaba por no tener extensión, grosor ni haber distancia tanto dentro de ellas como entre ellas. La actual "globalización monádica" tendría también esa característica porque virtualmente habría hecho desaparecer la distancia comunicativa entre los conectados a Internet.

hemos globalizado pero no necesariamente en lo que queríamos globalizarnos. Paradójicamente estamos en un desagradable punto intermedio: nos hemos ultraglobalizado en algunos aspectos quizás no demasiado importantes, pero en cambio continuamos muy poco globalizados (hipoglobalizados) en los más necesarios, vitales y humanamente importantes.

Para reconducir la actual paradójica e intermedia situación, es necesario que el conjunto de la humanidad se empodere conscientemente de este poderoso y complejo proceso que es la globalización. Se tienen que encontrar los mecanismos para que la globalización no fracase precisamente en los retos y aspectos donde es más necesaria la convergencia de la humanidad: calidad y expectativas de vida, los efectivos derechos civiles y políticos de la población, la extensión del conocimiento y la capacitación vital o social...

En definitiva, es necesario decidir con conocimiento de causa cuándo y en qué seguir el camino de la total y monádica globalización uniformizadora, incluso si hay que aceptar algo del llamado “pensamiento único” que va emergiendo en las últimas décadas. Ahora bien también tiene que ser posible decidir cuándo y en qué mantener una globalización “archipiélago” que respete (siempre interconectada creativamente) la riqueza cultural y civilizatoria humana en la línea del “diálogo de civilizaciones” y evitando el “choque civilizatorio” predicho por Huntington (2005).

2.- UNA ESPECIE, UNA GLOBALIZACIÓN

Como hemos apuntado, la globalización ha sido una realidad muy antigua para la humanidad. En cierto sentido y como veremos, la globalización forma parte de la misma condición humana, por la simple razón que sin ella no hablaríamos de humanidad en singular. La humanidad continúa siendo una única especie que, a pesar de pequeñas diferencias -que ha sido un terrible error histórico magnificar (racismo)- configura una unidad genética. El ADN y el genoma humano –cuya reciente decodificación así lo atestigua- mantienen una unidad que sólo ha sido posible gracias a una mínimamente constante globalización a lo largo de toda la historia humana.

Las leyes de la evolución darwiniana concluyen que, si algún grupo humano hubiera sobrevivido a largo plazo completamente separado del resto, habría configurado otra especie humana diferente de la única actualmente existente [6]. Ya Darwin (por ejemplo en sus estudios en el archipiélago de las Galápagos) analizó como el aislamiento, incluso en islas muy cercanas, da lugar en relativamente poco tiempo a especies diversificadas y endémicas. Ello no se ha dado en la humanidad, a pesar de que seguramente es la especie que más entornos ecológicos diversos ha colonizado de forma permanente. Ningún pueblo hoy superviviente se ha convertido en una especie humana diferenciada del resto, poniendo de manifiesto que –a pesar de las dificultades- no ha sido realmente una isla totalmente separada del resto de la humanidad.

La humanidad ha conquistado (es un aspecto también de la globalización) la práctica totalidad de los entornos y ámbitos ecológicos de la Tierra; pero no ha dejado de ser una única y misma especie: la humanidad. Dado que las

[6] Los científicos reconocen unánimamente que las llamadas “razas” humanas son en realidad pequeñas variaciones (genéticamente casi inapreciables) en una única especie.

oportunidades de diferenciación específica han sido múltiples por esa enorme diversificación geográfica y ecológica, la única explicación de la unidad filogenética humana es que, a pesar de las dificultades de comunicación y la diversidad o lejanía de los hábitats, de alguna manera los grupos consiguieron relacionarse e intercambiar los genes con el resto de la humanidad, manteniendo así una única especie.

2.1.- Globalización a pesar de la diversidad

También se manifiesta una lenta, imperceptible y a menudo muy indirecta globalización en la sorprendente coincidencia temporal (en términos de procesos de muy larga duración) del desarrollo de la agricultura y la domesticación de los animales. Así pues, hay una significativa coincidencia temporal en las dos y alejadas regiones donde primero aparecerá la agricultura: en el Creciente fértil (hace unos 10.000 años) y en el norte de la China actual (hace unos 9.500 años); mientras que en el continente americano las primeras sociedades agrícolas sedentarias aparecen más tarde (hace unos 5.500 años en México), precisamente por estar separado del resto por océanos y el gélido estrecho de Bering (Marks, 2007: 4).

Como vemos, se trata de unos períodos de tiempo bastante cercanos para procesos de esta naturaleza, indicando que (inclús si –como parece- fueron descubrimientos independientes) la especie humana estaba bastante sincronizada. Seguramente debido a otros contactos esporádicos e indirectos[7], la humanidad estaba lo suficiente vinculada para coincidir

[7] Acostumbrados a la velocidad de las comunicaciones actuales, no podemos comprender la eficacia y alcance de procesos de comunicación mucho más lentos e indirectas como los mencionados. Pero cómo dicen Asa Briggs y Peter Burke (2002: 13) en otro contexto: “En aquellos días, las comunicaciones no eran inmediatas, pero ya llegaban a todos los rincones del

notablemente en el inicio de lo que el famoso historiador y arqueólogo Gordon Childe (1954 y 1976) denominó la “revolución neolítica”.

Además, es indiscutible que a partir de unos pocos puntos independientes (un máximo de 4 ó 5 según Jared Diamond (2006: 112ss)) tanto la agricultura como la domesticación de los animales se extendieron por todo el planeta, en otro claro ejemplo de globalización prehistórica. Precisamente gracias a esa primitiva globalización, los diversos pueblos y sociedades van ingresando en la historia a medida que se sedentarizan, que devienen agrícolas, que aprenden a domesticar animales, que generan las primeras especializaciones y diferenciaciones sociales, que desarrollan la escritura y que construyen los primeros Estados[8].

No se nos escapan las muchas excepciones de pueblos cazadores-recogedores, que no conocen la agricultura y que han llegado al presente. Pero el amable lector no podrá negar tampoco la gran crueldad con que la globalización los ha tratado, hasta llevarlos al límite de la extinción. Parece que durante milenios superaron la incipiente globalización anterior a la colonización del mundo por los europeos, pero cada vez se muestran más vulnerables a la actual turboglobalización monádica.

Tanto si consideramos los aspectos más positivos como los más negativos, hay importantes signos de una secular globalización en la especie humana, que ha mantenido su unidad genética y, a pesar de la enorme diversidad, una relativa coherencia general en algunos procesos de largo alcance. Los historiadores William y John R. McNeill (2004) destacan que la humanidad ha sido siempre una especie globalizada, si bien los contactos a gran distancia

mundo conocido.”

[8] El antropólogo y filósofo Ernst Gellner (1994) denomina “edad agraria” este largo periodo hasta la industrialización. Por su parte el rumano nacionalizado nordamericano Mihai Nadin (Chordá y Nadin, 2010: 39ss) denomina “lineal” esta etapa de la humanidad.

eran muy esporádicos, normalmente indirectos y solían realizarse al ritmo de las lentas migraciones a pie y con relativamente largas explotaciones de los territorios ocupados durante la migración.

Hay que reconocer que bajo la imperceptible y muy básica globalización que hemos apuntado, no sólo la inmensa "mayoría de las interacciones comerciales, culturales y militares se realizaban dentro de las civilizaciones" (Huntington, 2005: 60), sino que se hacían básicamente dentro de muy reducidas regiones y poblaciones. A pesar de ello, se vivía en un relativo aislamiento, pues era roto por lentos, esporádicos, inconscientes e indirectos "encuentros" (según expresión de Huntington, 2005: 58).

Ello impedía que la humanidad pudiera percibir la globalización que, a pesar de todo, la marcaba profundamente. Además, se añadía que el imaginario o la visión del conjunto del mundo eran muy fragmentarios y limitados, cuando no prácticamente imposibles, puesto que nadie por entonces podía tener una composición de conjunto del mundo entero. La de entonces era una globalización que no se podía percibir como tal.

2.2.- Globalización imperceptible

La percepción "macro" y globalmente terráquea que hoy es tan evidente para todo el mundo que se conecta a la www ("World Wide Web" o red global mundial), fue prácticamente imposible hasta el final de la época de los grandes descubrimientos geográficos y, sobre todo, hasta la aparición de los trenes y barcos a vapor. Por ello hay que destacar la fabulación y el reto que planteaba Julio Verne con su novela *La vuelta en el mundo en ochenta días* ¡en una fecha tan tardía como es 1873![9] La hoy relativamente banal vuelta al

[9] Hay que tener en cuenta que, dentro del atrevimiento del viaje planteado por Verne, se incluía que era realizado prácticamente todo él en transporte público de pasajeros. Es decir era un "veloz"

mundo que hacen ajetreadamente miles de turistas (además normalmente en un par de semanas) ¡parecía mítica e imposible en la corta duración de 80 días incluso en el cuarto tercio del siglo XIX!

Sin duda en la actualidad, continuamos siendo mayoría los que no hemos hecho físicamente la vuelta en el mundo, pero el amable lector coincidirá en qué muchos la hemos hecho infinidad de veces de forma virtual. Enviando y recibiendo *emails*; navegante y haciendo consultas por Internet; comprando libros a través de *Amazon* o haciendo pagos internacionales a través de *Pal Pay*; comprando y vendiendo acciones de multinacionales o varios enseres a través de las subastas de *Ebay*, etc. Aún más la hemos dado si tenemos en cuenta nuestra infinidad de contactos personales con gente de todas partes o a los viajes (turísticos, de estudios, de negocios...) que, en conjunto, pueden sumar más que la distancia de la vuelta al mundo.

Ahora bien, hasta los trenes y barcos a vapor, la globalización era imperceptible a pesar de que su impacto ya fuera bastante poderoso. Además se oponía a su reconocimiento la crónica tendencia humana a construir una imagen etnocéntrica del mundo, a menudo obviando las dependencias del extranjero, que –además- por su carácter indirecto eran poco perceptibles. Por eso costó tanto percibir eficazmente la llamada "red del mundo antiguo" que, según los estudiosos, se constituyó poco antes de nuestra era y que vinculaba las tres grandes civilizaciones del viejo mundo: india, china y grecoromana (McNeill 2004: 91).

viaje alrededor de la Tierra ya posible para todo el mundo (para un turista, podríamos decir) y no sólo para unos aventureros muy aguerridos, audaces y dotados de medios extraordinarios. Hay que recordar que el suspense y las trabas para el cumplimiento del plazo de 80 días de viaje surgen sobre todo de un saboteador y no tanto por las dificultades intrínsecas del viaje. Desde esta perspectiva podemos valorar el atrevimiento de la hipótesis explorada por Verne, el cual significativamente sólo concibió esta novela después de imaginar otros viajes aparentemente más impensables, fabulosos y utópicos como *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865) y *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869-70).

El etnocentrismo y la imperceptibilidad de muchos elementos de globalización colaboraban a qué fuera muy fragmentaria y limitada la cosmovisión o plasmación símbolico-espacial de "su" mundo, que inevitablemente todas las culturas han tenido. Por ello nunca reflejaban una imagen completa de la Tierra ni el nivel de globalización inconscientemente logrado en su época. Así es conocido que la antigua cosmovisión egipcia imaginaba el mundo como una especie de plato cruzado por el Nilo, el río madre de toda fertilidad y de toda vida. Durante siglos la visión del mundo del Europa cristiana era muy poco más que las orillas del Mediterráneo[10].

La antigua China siempre se imaginó a sí misma como el mundo o, al menos, la gran parte central del mundo, por eso se llamaba a sí misma "el Imperio del medio". De aquí el error (en 1793 y para sorpresa de Adam Smith) del emperador Qianlong cuando contestó al rey británico George III rechazando comerciar con un pequeño país "aislado del mundo por las inmensidades de los mares", considerando que los chinos "disponían de todo lo que necesitaban". No pudo prever que aquel pequeño país (ciertamente con otras potencias occidentales) podía cruzar los mares con suficientes cañones como para exigirles bases y condiciones para su comercio, para vencerlos en las famosas dos guerras "del opio" y, finalmente, para imponerles gobiernos títeres.

Pero el papel chino en la globalización no empezó con su sumisión a las potencias extranjeras. A pesar de su tradicional aislacionismo, el Imperio Chino había despertado la admiración y la codicia de Occidente ya antes de Marco Polo. Por entonces estaba ya conectado por la famosa "ruta de la seda" y, en el siglo XIV, era el punto central de una globalización comercial

[10] Más allá todo era vago y misterioso como el mito tardo-medieval del reino cristiano del Preste Juan que estaría en Oriente al otro lado del territorio islámico y rodeado de paganos.

policéntrica y con varios sistemas regionales que alcanzaba prácticamente todo el "viejo mundo" euro-afro-asiático (Marks, 2007: 56ss). Significativamente, durante el reinado del emperador Yung Lo (1402-24) se organizó la más formidable armada anterior al siglo XX capitaneada por el almirante Zhen He (Levathes, 1994 y Jay, 2002: 91ss). Llegó a tener hasta 300 barcos –algunos los más grandes de la historia- y 30.000 hombres de tripulación. Entre 1405 y 1433 realizaron siete grandes viajes hasta Australia, el mar Rojo y Madagascar.

Sorprendentemente o, quizás no tanto, teniendo en cuenta la secular política aislacionista y anticomercial de las élites confucianas del imperio Chino, los emperadores Hsuan Te (1425-35) y Chen T'ung (1435-49) cortaron totalmente esta política "protoimperialista". De este modo, las "carracas" o barcos portugueses (y posteriormente los holandeses, ingleses o franceses) encontraron bastante expedito su camino comercial y colonizador por el océano Índico y el mar de la China. En definitiva el imperialismo europeo pudo así consolidar más fácilmente el moderno modelo de globalización bajo hegemonía occidental.

Ese modelo globalizador se había iniciado en el océano Atlántico con los viajes de Colón que "descubrieron" un nuevo continente: América, y los impulsados por el rey portugués denominado significativamente Henrique "el *Navegador*". A partir de aquí, en el siglo XVI, se configuró lo que Immanuel Wallerstein (1979) denomina el moderno "sistema-mundo" que incluye la práctica totalidad de la Tierra, pero que ya había tenido antecedentes y globalizaciones previas.

2.3.- Con la modernidad, la globalización se hace cruelmente perceptible

La conquista y colonización americana por parte de los europeos (ya sean ibéricos, anglosajones...) fue tradicionalmente mitificada y glorificada; si bien desde hace unas décadas se la muestra en su rostro más auténtico de violencia, dominio, exclusión y exterminio. Ahora no queremos entrar en estas cuestiones, muy conocidas ya, sino que queremos destacar la vinculación que mantienen con el fenómeno de la globalización.

En un análisis magistral Jared Diamond (2006) puso de manifiesto como la llamada "conquista" americana era consecuencia (hoy fácilmente previsible) de la puesta en contacto de los dos más grandes sistemas en que se dividía la Tierra a finales del siglo XV: el americano y el euro-afro-asiático, el nuevo-mundo y el viejo-mundo. Ya entonces la práctica totalidad de las grandes civilizaciones euroasiáticas estaban inscritas en una eficaz red, a través de la cual se transmitían los grandes descubrimientos tecnológicos[11], especies vegetales y ganaderas, noticias e ideas de todo tipo, mercancías de gran valor... pero también enfermedades, con las subsiguientes defensas inmunitarias generadas por los supervivientes.

Robert Marks (2007: 59) destaca que efectivamente el sistema euro-afro-asiático configuraba ya en el siglo XIII una gran red global que integraba 8 zonas comerciales diversas y que "funcionaba sin que hubiera una fuerza central de control y dominio. {... a pesar que} detrás de cada uno de los circuitos comerciales había un grupo predominante: los italianos en el sistema europeo, los árabes en el circuito de Oriente Medio y los chinos en el

[11] Sólo hay que recordar que los grandes inventos que marcan la modernidad (como la pólvora, los cañones, la brújula magnética, el papel y la imprenta de caracteres móviles) sólo serán desarrollados por europeos a partir de decisivos préstamos e influencias orientales. Naturalmente muchas veces las influencias iban en dirección contraria y, como siempre, el *feed back* acababa volviendo enriquecido a su punto de partida.

circuito de Asia oriental-, pero ninguno de esos grupos controlaba todo el sistema, {...} El mundo del siglo XIV era, pues, policéntrico: contenía varios sistemas regionales, cada uno con un 'núcleo' rico y densamente poblado rodeado de una periferia que proporcionaba materias primas industriales y productos agrícolas a dichos núcleos, débilmente conectados casi todos ellos a través de redes comerciales."

No existía para nadie en absoluto la "turboglobalización monádica" en la que una élite mundial vive hoy inmersa, ni siquiera el "sistema-mundo" que emergió sólo después de la colonización americana y la imposición de los europeos en todos los mares. Pero ya había una importante globalización que alcanzaba a la totalidad del "viejo-mundo" (con la excepción, quizás, del África negra). Y esta nueva red estaba bastante relacionada como para que lentamente se globalizaran los descubrimientos tecnológicos, las ideas, las enfermedades, las plantas y animales domésticos, etc. Todo ello, como veremos, dio una decisiva ventaja al viejo-mundo por encima del nuevo, cuando finalmente llegaron a chocar.

Dada la enorme superioridad lograda por el subsistema euro-afro-asiático por encima del americano tanto en complejidad, demografía, extensión, recursos [12], etc. Diamond (2006) argumenta la alta previsibilidad del resultado de aquel choque. Fue facilitado por ejemplo por enfermedades importadas por los europeos como la viruela, el sarampión, la varicela... En general eran enfermedades que se habían convertido en crónicas pero superables en la infancia por los europeos, ya que estaban adaptados a ellas y disponían de defensas inmunológicas transmitidas de padres a hijos. En cambio, los

[12] Entre lúcido e irónico, Diamond (2006: 16) asocia todos estos complejos elementos que marcan la superioridad del viejo mundo por encima del nuevo con la pregunta de un indígena de Nueva Guinea que lo interrogaba sobre "¿Por qué vosotros, los blancos, desarrollasteis tanto cargamento y lo trajisteis a Nueva Guinea, pero nosotros, los negros, teníamos tan poco cargamento propio?"

indígenas americanos las desconocían y, por lo tanto, carecían totalmente de defensas inmunológicas transmitidas.

Así se explica que los poderosos ejércitos de aztecas, incas y otras civilizaciones americanas estuvieran profundamente diezmados antes incluso de luchar con los invasores europeos. Las enfermedades fueron más rápidas que los ejércitos y facilitaron posteriores victorias militares, las cuales –por otro lado- también dependían de ventajas de los europeos generadas a lo largo de milenios: el uso del caballo, la rueda, espadas y armaduras de hierro, armas explosivas y de pólvora, tácticas militares y de estrategia, fuerte ideologización o una agresiva religiosidad mesiánica, etc.

Jared Diamond (2006: 79) muestra eficazmente la interrelación de todos estos aspectos para explicar "Como la conquista de América por Europa fue simplemente la culminación de dos trayectorias históricas largas y básicamente independientes." Sólo así se explica a grandes rasgos y en términos de Diamond (2006: 79): "el mayor cambio demográfico de la época moderna", "la colonización del Nuevo Mundo por los europeos y la conquista, reducción numérica o desaparición total resultantes de la mayoría de los grupos de indígenas americanos."

Como vemos, se puede analizar este importante proceso de muy larga duración (puesto que va más allá de la primera conquista militar) en términos de las consecuencias de la globalización ya lograda en el siglo XV. Efectivamente, fue el nuevo nivel de globalización lo que hizo que, finalmente, entraran en contacto los dos más grandes subsistemas en qué entonces se dividía la Tierra. Diamond (2006) argumenta que había tantas diferencias de magnitud entre uno y otro, que la nueva globalización sólo se podía construir sobre el predominio (durante un tiempo considerable, pero no

para siempre) del entonces más poderoso (el euro-afro-asiático) por encima del americano.

2.4.- Culminando –violentamente- la globalización

Hemos visto un largo y complejo proceso que incluye la aceleración de los contactos (cada vez eran menos esporádicos e indirectos) entre las distintas redes más o menos locales y su progresiva concentración en una de mundial. De hecho el nuevo sistema-mundo moderno que teoriza Wallerstein (1979) puede ser visto como el resultado de la globalización o conversión en una, de las dos grandes redes o mundos anteriores[13]. De su enfrentamiento surgirá una nueva red, ahora ya plenamente mundial y global, y bajo hegemonía europea, que cada vez será más directa e imperial puesto que los barcos y cañones europeos se hacen presentes físicamente en todo el mundo e imponen una verdadera red mundial, un sistema-mundo.

Fue la naturaleza de este sistema-mundo el que drenó el oro y la plata de Hispanoamérica hacia la Casa de Contratación de Sevilla, y de ésta a los banqueros genoveses o alemanes que financiaban las ruinosas campañas de los emperadores Carlos V o Felipe II. Ahora bien también tendía a drenarse hacia el Oriente Lejano, pasando por el islámico Oriente Medio, porque Europa en aquella época importaba más de lo que vendía en el mundo. Sólo a partir de la Revolución industrial, que permite rentabilizar los

[13] William y John McNeill (2004: 173ss) distinguen entre dos períodos: el primero "Tejiendo la red mundial: 1450-1800" y el segundo (2004: 239ss) "Se rompen viejas cadenas y se condensa la nueva red: 1750-1914". También David Christian (2005: 405ss) titula el período: "La era moderna: un sólo mundo" y Huntington (2005) considera que a partir de finales del XV, con "el ascenso de Occidente" propiamente se inicia un nuevo período mundial que denomina "influencia" puesto que se rompe el relativo aislamiento de las civilizaciones, bajo el dominio occidental.

imperios coloniales más allá de la primera y violenta expoliación, Europa fue capaz de invertir en favor suyo los grandes flujos comerciales mundiales[14].

Dentro de una ya completa globalización, que finalmente une la red euro-afro-asiática (incluyendo el África ecuatorial que también pasa a ser colonizada por los europeos) con la americana y la austral, a los europeos les queda todavía confirmar su hegemonía mundial. Europa (cada vez más inseparable de los Estados Unidos y gracias a una acelerada industrialización) se impone a los poderosos y muy poblados territorios de la India y, sobre todo, la China. Esforzándose por evitar caer en el eurocentrismo, Marks (2007: 97) describe así aquel momento en la pugna por hegemonizar la globalización: "Desde una perspectiva global, podemos decir que a finales del siglo XVIII se enfrentan dos mundos de organización muy distinta: el sistema mundial asiático oriental, centrado en China, y el sistema mundial euroamericano, centrado en Inglaterra."

La globalización bajo hegemonía occidental sólo culminó en tres momentos claves –ciertamente muy cercanos entre sí- en que se impuso finalmente a las tres grandes potencias que se le resistían. Por un lado, en 1857-8 cuando una gran rebelión india obliga al gobierno británico a tomar el control directo del India, sometiendo tanto el Imperio Mogol como la primera colonización llevada a cabo por la también británica Compañía de las Indias Orientales (en principio privada). En segundo lugar, en 1858 cuando culminan los diversos tratados impuestos al Japón por las potencias occidentales lideradas por el Comodoro estadounidense Matthew Perry y su armada.

[14] Muchos datos –incluyendo la crisis que desde el 2008 ataca sobre todo Occidente- avisan que se están invirtiendo estos flujos favorables a Occidente durante los últimos siglos. Ciertamente se basaron en una superioridad militar y tecnológica industrial que parece haberse perdido en las últimas décadas, en qué inmensas potencias emergentes como la China, la India o el Brasil intentan seguir -y con más fuerza- los pasos del Japón, Corea del Sur y los llamados Tigres asiáticos.

Finalmente la China, a la que Occidente vence en la Segunda guerra del Opio (1860), hasta el punto de ayudar el emperador chino a imponerse sobre la rebelión interna de los Taiping (en 1864).

Algunas de las consecuencias más terribles del imperialismo que entonces impuso Occidente son estudiadas por el historiador Mike Davis (2006), quién cuantifica los muertos en no menos de 30 millones de personas. Entre las causas destaca la enorme desestructuración de las sociedades colonizadas, las importantes sequías (1876-9, 1889-91 y 1896-1902), las nuevas reglas económicas impuestas por la globalización[15] y la fría indiferencia de las potencias occidentales ante los sufrimientos de la población, que contrastaba con la rápida y brutal represión ante sus quejas. Fue entonces cuando la llamada "brecha del desarrollo" penetró en las ricas regiones agrícolas, pero también industriales y comerciales, de Asia.

La India era, "en 1700, el único gran exportador de tejidos que había en el mundo" (McNeill, 2004: 265) y "poseía la mejor industria algodonera del mundo en los siglos XVII y XVIII insuperable en cuanto a calidad, variedad y coste" (Landes, 2003: 213). Después de la colonización y con la plena industrialización británica, "en 1860 los tejedores indios ya no podían competir con los británicos, porque no tenían la energía barata ni la normalización y el control de la calidad que formaban parte del sistema de fábricas" (McNeill, 2004: 265). Así la India se convierte en importadora neta de tejidos ya antes de 1816, "en parte porque muchos estados indios fueron obligados a aceptar el comercio libre de productos textiles" (McNeill, 2004: 266s). Como otras zonas del planeta, también la China, donde históricamente se habían construido los primeros telares de la historia

[15] Davis (2006: 23s) recuerda por ejemplo que "el mero interés imperial permitió que se llevasen a cabo grandes exportaciones [indias} de cereales a Inglaterra mientras había horrorosas hambrunas en la India".

humana y se habían producido grandes desarrollos mecánicos, se desindustrializa por esta época y según mecanismos similares.

El resultado es una radical división económica e imperial del mundo. Por un lado, unas pocas potencias occidentales industrializadas[16]; por otro lado, todo el resto inmenso población del mundo reducida a ser fuente de materias primeras y de productos agrícolas y ganaderos. Esa globalización bajo predominio del Occidente industrializado permitió la época de máximo dominio imperialista de todos los tiempos y que duró de 1875 a 1914. Los datos macroeconómicos son absolutamente impactantes: "En 1900, un ochenta por ciento de la producción industrial mundial procedía de Europa y Estados Unidos, Japón aportaba otro diez por ciento, China contribuía con un siete por ciento e India con un dos por ciento, suma que da un total de noventa y nueve por ciento de toda la producción industrial[17]. Así pues, en los cien años transcurridos de 1800 a 1900, la situación se había invertido, de manera que Europa y Estados Unidos habían pasado a ocupar el lugar de honor en el mundo que anteriormente habían ocupado India y China" (Marks, 2007: 200).

[16] Osterhammel y Petersson (2005: 57ss) destacan como hitos claves de la globalización entre 1750 y 1880: la hegemonía de los barcos a vapor, la apertura del Canal de Suez en 1869, el ferrocarril de costa a costa de los Estados Unidos en 1867, que hacía 1880 se podía enviar un telegrama desde Londres a cualquier lugar relativamente relevante del Imperio Británico, la "Gran depresión" que se inició en 1873 y el fin de la era del "comercio libre" entre 1846-80. A partir de 1880 y hasta 1945, Osterhammel y Petersson (2005: 81ss) valoran que la globalización ya es inseparable de un "Capitalismo global y crisis globales", apareciendo auténticos "conflictos globales" (como las guerras mundiales) a partir de 1914.

[17] Hay que destacar, pues, la terrible conclusión que todo el resto del mundo (que incluye toda Latinoamérica, África y Oceanía) se repartía un miserable 1% de la producción industrial mundial.

3.- BASES DE PENSAMIENTO ÚNICO Y GLOBALIZACIÓN

Ya sólo por lo que hemos comentado, puede verse que la aplastante globalización bajo hegemonía imperial de Occidente se ha basado más en el germen del "pensamiento único", que sobre los valores positivos de que Occidente suele hacer gala (por ejemplo: la democracia, los derechos humanos, la tolerancia y la libertad de expresión, el pluralismo, etc.). Es muy lamentable, pero unos pocos aspectos de la modernización occidental son los que realmente conforman el llamado "consenso de Washington" (John Williamson 1989) y amenazan convertirse en el monolítico "Pensamiento único" predicho por Ignacio Ramonet (1995), siguiendo una amplia tradición que pasa por Herbert Marcuse y la "Dialéctica de la ilustración" de Horkheimer y Adorno.

Ahora comentaremos brevemente los aspectos que más favorecieron la globalización bajo hegemonía occidental y que hoy –eliminadas muchos de otros contrapesos culturales- definen ese PU que es hegemónico –como veremos- en las grandes organizaciones internacionales quizás especialmente (aunque parezca una contradicción) después de evidenciarse su clara vinculación con gran la crisis del 2008.

Tanto el PU como el "consenso de Washington" se basan en mezclar, como si de una fórmula mágica infalible se tratara: algunos de los considerados grandes éxitos de Occidente (y naturalmente marginando otros como los mencionados más arriba). Sintetizamos los siguientes componentes básicos:

- El libre comercio y la economía de mercado como presupuesto que –como apunta Luttwak 2000- se opone al "Proteccionismo a modo de pecado".

- La teoría marginalista como clave última del mecanismo del mercado y de “la realidad” misma.
- La tecno-ciencia como principal herramienta de desarrollo y de producción, a la cual se termina reduciendo el ideal de “sociedad del conocimiento”.
- El egoísmo individualista y el cálculo “racional” del consumidor como visión del hombre.
- La competitividad y el funcionalismo sociológico como el “cemento” de la sociedad,
- El consumo masivo como meta, "cebo" y –como apunta Luttwak 2000- a modo de gran “terapia”.
- Las actuales tecnologías de la información y la comunicación (TIC) como condición de posibilidad de la necesaria turboglobalización.
- Y finalmente -como su utopía- el sueño emancipatorio y dominador moderno si bien progresivamente depurado de sus pretensiones político-sociales más ambiciosas.

No mucho más allá hay -en última instancia y como profundo marco- ideológico detrás del PU. Sin duda entre sus diversos componentes lo que Wittgenstein llamaba "un mismo aire de familia" o una cierta concomitancia interna a veces inquietantemente monolítica. Ahora bien y como sistema teórico, el PU no ha alcanzado (al menos de momento) una formulación paradigmática realmente única e internamente coherente. En términos del filósofo de la ciencia Thomas S. Kuhn y a pesar de los esfuerzos partidistas por presentarse como un consenso sin alternativa, todavía representa una apuesta que no ha alcanzado el estadio de "ciencia normal" y que, al contrario, todavía lucha por sobreponerse a otras novedosas alternativas sistémicas (la apuesta del altermundismo actual) y eliminar múltiples alternativas tradicionales.

No olvidemos que hasta ahora la gran baza de estos elementos ha sido haber coincidido con el dominio occidental del mundo y probablemente haber facilitado el camino a la actual turboglobalización monádica. Pues básicamente se trata de unas pocas ideas clave que se han desarrollado durante la modernización occidental y que –luego- han devenido globales, en un proceso profundamente ligado con la imposición militar. Como sintetiza Huntington (2005: 62s): "durante cuatrocientos años, la relaciones entre civilizaciones consistieron en la subordinación de las demás sociedades a la civilización occidental. {...gracias a} la invención de los medios de navegación oceánica para llegar hasta pueblos distantes y el desarrollo del potencial militar para conquistarlos. {...} facilitada también por la superioridad de sus tropas en organización, disciplina y entrenamiento y, más tarde, por las armas, transporte, logística y servicios médicos superiores resultantes de su liderazgo en la revolución industrial. Occidente conquistó el mundo, no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a los que se convirtieron pocos miembros de las otras civilizaciones), sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada."

3.1.- Para una genealogía del PU

Como hemos apuntado la hasta entonces imperceptible globalización se acelera con dos grandes procesos que también son claves para la genealogía del PU[18] y que marcan una larga hegemonía occidental durante prácticamente cuatro siglos.

[18] En el fondo se trata de la culminación globalizada del desencanto racionalista teorizado por Weber o Heidegger, que se enmascara positivista-tecnocráticamente (Horkheimer y Adorno 1944). A pesar del gran valor de las aportaciones de estos autores, hoy estamos obligados a ir mucho más allá por la misma radicalización e imposición del PU.

Destacamos tres momentos claramente diferenciados:

(1) A partir del siglo XVII Occidente genera por su dinámica interna el tipo de racionalización y modernización promocionado por las sociedades burguesas, limitada cada vez más a criterios económicos, tecnológicos y administrativos.
(2) A partir del siglo XIX (con antecedentes en la conquista y colonización anterior) se impone este proceso al resto de países y culturas que no pueden competir con su eficacia militar, económica, técnica y logística.

Ciertamente estos dos procesos están estrechamente unidos y, a medida que la modernización y racionalidad occidentales se extienden por el resto del planeta, también van depurándose e imponiéndose internamente. Son claras las concomitancias entre el colonialismo, la generalización de un sistema-mundo (Wallerstein 1979), la generalización del Estado-nación, la aparición de compañías multinacionales, la expansión de los capitales y la tecnología occidentales en los países en desarrollo, la aparición de los medios de comunicación de masas, la creciente "globalización" de la visión occidental de la vida...

Como ya anticipó lúcidamente Weber (1992: 19s): "el capitalismo moderno ha estado enormemente determinado en su desarrollo por los avances de la **técnica**; su actual racionalidad se halla esencialmente condicionada por la **calculabilidad** de los factores técnicamente decisivos que son las bases de un cálculo exacto, es decir, por la especificidad de la ciencia occidental, en particular de las ciencias naturales exactas y racionales de base matemática y experimental. A su vez, el desarrollo de estas ciencias y de la técnica basada en ellas debió y debe grandes impulsos a su aplicación por el capitalista con miras económicas dadas las oportunidades de beneficio que ofrecen. No es que esto determinara el nacimiento de la ciencia occidental.

También los indios calcularon, cultivaron el álgebra e inventaron el sistema numérico posicional, que sólo en Occidente se puso de modo inmediato al **servicio** del incipiente capitalismo: y sin embargo, no supieron [más bien no lo consideraron necesario] crear las modernas formas de calcular y hacer balances. Tampoco el surgimiento de la mecánica y la matemática estuvo condicionado por intereses capitalistas. Pero la utilización **técnica** de los conocimientos científicos (lo decisivo para el nivel de vida de nuestras masas) sí que estuvo condicionado por los resultados económicos que en Occidente se derivaban de ellos. Y esos resultados se deben justamente a la peculiaridad del **orden social** occidental."

(3) Finalmente, a finales del siglo XX (es emblemática la caída del muro de Berlín) termina la “Guerra fría”, culminando en gran medida la predicha desideologización del mundo, y visualizando con todo dramatismo el dominio de la globalización y el PU[19].

Con el fin de la gran bipolarización ideológica, la caída del sistema económico comunista y el paso masivo de los países de “socialismo real” al capitalismo más duro y primitivo, el modo de producción capitalista queda palpablemente solo. Además ya no tiene la necesidad ni de mantener un costoso debate ideológico ni el aún más costoso “Estado del bienestar”, construido en gran medida para evitar la deriva de las clases obreras y medias de Europa hacia el comunismo. Aunque el giro neoliberal fue iniciado ya en los primeros gobiernos Thatcher (1979-1990) y se afianzó durante los

[19] Ciertamente gran parte de la lenta consolidación del conglomerado económico-tecnológico del PU se llevó a cabo durante un siglo XX aparentemente dominado político-ideológicamente por la bipolarización ideológica desde el triunfo de la Revolución Bolchevique en Rusia. Durante este período además, los progresos en dirección al PU pasaron notablemente desapercibidos, en gran parte porque se beneficiaron de que la atención ideológica y mediática se concentraba en el “gran enemigo" comunista.

mandatos de Reagan (1981-1989), el desmuntage del “Estado del bienestar” se generalizó sobre todo a partir de la desaparición de la URSS en 1991.

Quizás durante unos años, la preponderancia del postmodernismo (basado en la muerte de los grandes meta-relatos y preocupado tan sólo por los microdiscursos) retardó todavía unos años la toma de conciencia de los terribles retos planteados por la turboglobalización y el PU. Pero sin alternativa ideológica, cada vez era más evidente la imposición generalizada del “consenso de Washington” y sus recetas neoliberales, inmediatistas, tecnocráticas y economicistas. Su amenaza se cernía de forma cada vez más evidente sobre la totalidad de la realidad (mundialización) y la totalidad de la cultura (globalización). El fin de la “Guerra fría” y la crítica postmoderna, pues, terminaron con el viejo debate económico-ideológico. Y cuando además, terminó la “fiesta” postmoderna, se evidenció generalizadamente el un nuevo debate, ahora centrado en la globalización monádica y el PU.

De los mencionados tres grandes procesos que conforman los actuales globalización y PU (modernización y racionalización europea; colonización y extensión al resto del mundo; y toma de conciencia con la desideologización post-guerra-fría y postmoderna) nos parece que el tercero -el más publicitado hoy en día- es claramente de inferior calado, profundidad y valor que los dos primeros.

Pues el tercero, tan sólo pone en evidencia el triunfo “total” de los dos primeros, que habían sido los que habían transformado la faz de la Tierra. Éstos habían sido ya muy estudiados pero ciertamente no se había hecho justicia del todo a su profundísima labor de “topo”. Insistimos, hubo que elevar la mirada por encima de la bipolarización y la “fiesta” postmoderna, para ver la amenaza mayúscula que representaba el triunfo global de la modernización y racionalismo económico-técnico occidentales. Incluso se

puede considerar que, el derrumbamiento del bloque soviético y la posterior "sorprendente" evolución económica de la China comunista, son resultado también de la –más o menos oculta- aceptación del PU incluso por parte de los dirigentes soviéticos y chinos[20]. Pues, una vez más y como suele pasar, tanto la filosofía como el periodismo van por detrás de la historia y de la realidad.

El PU y la actual turboglobalización monádica se limitan a ser en muchos aspectos la fase superior de los dos procesos clave de la modernización y racionalización occidental en su culminación tecnológicamente avanzada (ja seva vista como 3ª o 4ª revolución industrial, como postindustrialización o como "sociedad del conocimiento"). Su temprana imposición militar, comercial y colonial, pudo profundizarse en todo lo económico, tecnológico político e ideológico, hasta amenazar convertirse en la única forma de vida, cultura o civilización posible. Obligando a toda la humanidad, cualesquiera que fueran su cultura y forma de vida, a adoptar sus premisas y métodos si es que quería sobrevivir.

[20] Recordemos que, aunque pretendía liderar una alternativa ideológica, ya Lenin consideraba el imperialismo como la necesaria fase superior del capitalismo y vaticinaba su tendencia a unificarse globalmente.

4. REFLUJO DE LA GLOBALIZACIÓN DE HEGEMONÍA OCCIDENTAL

Como hemos visto, en la modernidad la globalización fue conducida férreamente bajo hegemonía primero europea y después occidental. Así se llegó a un dominio global del mundo por parte de Occidente sin ningún precedente en la historia. Los datos son absolutamente reveladores de ese momento imperial en la globalización: los europeos "controlaban el 35% de la tierra firme del planeta en 1800, el 67% en 1878 y el 84% en 1914. En 1920, el porcentaje llegó a ser todavía mayor, cuando el imperio otomano fue dividido entre Gran Bretaña, Francia e Italia."[21] Tiene razón Huntington (2005: 63) al concluir que "En 1910, el mundo era más unitario política y económicamente que en ningún otro momento previo de la historia humana. {...} 'Civilización' significaba 'civilización occidental'."

A nadie escapaba a inicios del siglo XX el fenómeno de la globalización, si bien no se le daba ese nombre sino "colonialismo" o "imperialismo". Era ciertamente una "globalización imperial" en la que una parte pequeña de la humanidad –las grandes potencias occidentales- literalmente se habían repartido el mundo entre ellas. A pesar de los muchos movimientos anticoloniales y nacionalistas (y que algunos americanos ya habían tenido éxito un siglo atrás[22]), parecía que modernización, progreso o civilización equivalían a occidentalización. Así lo interpretaban muchas élites

[21] En estas cifras Huntington (2005: 62) no incluye entre las potencias europeas a Rusia, ni por lo tanto su enorme expansión por Siberia, en cuyo caso todavía se incrementarían más. Según Huntington (2005: 62): "Únicamente las civilizaciones rusa, japonesa y etíope, las tres regidas por autoridades imperiales sumamente centralizadas, fueron capaces de resistir el asalto de Occidente y mantener una existencia independiente significativa."

[22] Los Estados Unidos de norteamérica viven incluso la paradoja de definirse todavía en contra de la colonización europea y, al mismo tiempo, irse convirtiendo –al sustituir potencias europeas en reflujo- prácticamente en la principal potencia colonial del mundo.

colonizadas que miraban con desprecio su propia cultura y suspiraban –en cambio- por emular las occidentales.

En muchos sentidos pues, a inicios del siglo XX se estaba muy cerca de lo que hoy llamamos PU. En especial porqué, entonces, no se había producido todavía muchos movimientos autocríticos de Occidente (especialmente sobre sus bases fascistas y neonazis, pero también más tarde contra los excesos coloniales o del *gulag* soviético) ni los grandes movimientos descolonizadores (que además dieron lugar a los llamados "estudios poscoloniales" y a una reconsideración crítica de la historia).

Parece fácil que a inicios el siglo XX se hubiera producido el gran salto que permitiera la plena reflexión sobre la globalización y el PU que, en cambio, tuvo que esperar a finales del XX. Ya hemos apuntado los motivos básicos que llevó a retrasar ese decisivo salto o cambio intelectual. Por su parte, las élites colonizadas no estaban todavía preparadas para concebir macrofilosóficamente y en su conjunto la globalización que se les imponía desde Occidente (con un PU ya muy desarrollado), pues primero tenían que emanciparse mental, cultural y políticamente (descolonización). Además se vieron inscritas en la misma bipolarización ideológica que se apoderó de Occidente.

Éste no sólo no pudo mantener indefinidamente el dominio mundial que ejercía, sino que –además- se encerró ensimismadamente sobre sí, con el retorno de los conflictos más sangrientos a territorio europeo: la Iª Guerra mundial, la Revolución bolchevique, la expansión de los fascismos, la Guerra española, la IIª Guerra mundial y la "Guerra fría". Hoy, cada vez más historiadores, resaltan el aspecto de "guerra civil" europea o de conflicto intraoccidental que subyacía a todos esos fenómenos.

Recordemos que desde la Paz de Westfalia y salvando el largo período napoleónico, Europa había exportado a las colonias muchos de los conflictos entre sus grandes potencias. Así gran parte de la lucha por la hegemonía mundial entre la Gran Bretaña y Francia, y antes entre las mencionadas y las primeras potencias colonizadoras España, Portugal y Holanda, se había llevado a cabo sobre el suelo de sus colonias (o en los mares cercanos). Durante siglos fue totalmente inseparable la lucha violenta por el reparto colonial y por la hegemonía mundial. Pero, mientras que en Europa predominaba la política de mantener un "equilibrio" político y de fuerzas ciertamente inestable; en las colonias el enfrentamiento era directo y sin cuartel.

Es sabido que la Alemania unificada alrededor de Prusia y el Imperio Austro-húngaro vieron cortada y minimizada su participación en el reparto colonial del mundo, y ello afectó tanto su posición en la Iª Guerra Mundial como en el subsiguiente crecimiento del nazismo. Esa frustración fue de gran importancia –entre otros factores- para que Alemania abrazara furiosamente la causa de los nuevos fascismos, como sucedió en menor grado en zonas del Imperio Austro-húngaro, en Italia, en nostálgicas viejas potencias coloniales como España y Portugal, y también en una potencia emergente como era Japón.

En todo caso y para la globalización ello significó que Europa tuvo que aceptar de mala gana una nueva gran oleada de independencia de sus colonias. Y además que progresivamente quedaran flanqueadas y superadas por el nuevo colonialismo de los Estados Unidos y –muchas veces- de la emergente URSS. Era un nuevo tipo de imperialismo básicamente ideológico-económico, más laxo, sin absorción-ocupación militar y mucho más adaptado a los nuevos tiempos.

Ese muy complejo e inestable proceso de descolonización fue facilitado porque Europa estaba enfrentada en una brutal y larga guerra civil (de la cual la española fue un sangriento episodio) que en cierto sentido ocuparía la primera mitad del siglo, y por la incorporación-contrapeso como potencias mundiales-imperiales de los Estados Unidos y la URSS. Todo ello terminó por reducir considerablemente el dominio directo de Occidente sobre gran parte del mundo, si bien quizás no redujo proporcionalmente la dominación indirecta, tecnológica y económica. Por tanto no nos podemos engañar con respecto a la globalización y al PU, pues detrás de los procesos de descolonización ambos se vieron notablemente aumentados durante este período en los aspectos: financiero, económico, tecnológico, cultural, civilizatorio, epidémico, medioambiental... incluso en la creación de una nueva "gobernanza" internacional (que culmina en el "consenso de Washington y el posterior neoliberalismo).

Más allá de la virulencia ideológica, en otros sentidos tampoco cambió el signo general de la globalización la emergencia del bloque soviético y la dinámica de la "Guerra fría". Detrás del enconado debate ideológico y de la política de bloques (incluida la teoría geoestratégica "de las piezas del dominó"), la globalización continuó creciendo en casi todos sus aspectos. Hay estudiosos que consideran que lo hizo especialmente en los negativos, aunque son también muchos los que destacan la influencia moderadora sobre las diferencias económicas y sociales en todo el mundo que tuvo la pugna ideológica entre capitalismo y comunismo.

En todo caso, la nueva "turboglobalización" ya no pudo ser hegemonizada tan férreamente por Occidente. Como sintetiza Huntington –mostrando sin duda sus bases ideológicas-: "La geografía política global pasó desde el

mundo único de 1920 hasta los tres mundos[23] de los años sesenta y a la media docena larga de mundos de los noventa[24]. Juntamente con esto, los imperios mundiales occidentales de 1920 quedaron reducidos al mucho más limitado 'mundo libre' de los años sesenta (que incluía muchos Estados no occidentales opuestos al comunismo) y después al todavía más restringido 'Occidente' de los noventa."[25]

A pesar de esos lamentos de Huntington, es indiscutible que con la desaparición de la URSS, la nueva gobernanza internacional, el PU y la globalización monádica se construirán bajo clara hegemonía de Occidente. Pero también es verdad que la evolución general indica una cierta recuperación (seguramente todavía parcial) del status quo tradicional de los grandes países, regiones y civilizaciones mundiales. Europa y Estados Unidos no pueden pretender mantener de forma permanente su gran predominio mundial económico, político ni –mucho menos- colonial del siglo XIX. La creciente globalización de alguna manera debe resituarlos relativamente dentro del contexto mundial. Es posible que la crisis posterior al 2008 sea un elemento en ese proceso de resituación.

En última instancia la globalización es un complejo proceso "ciego" y que no atiende a privilegios históricos, así como el PU tampoco tiene dueño ni se compromete con el destino occidental. Por eso, podemos ver que fácilmente en unos momentos quitan lo que en otros momentos dieron (como ya avisaba Hegel a los "portadores" concretos del "espíritu universal"[26], es decir los que realizan la dialéctica global de la historia). Esa común y ciega

[23] Piensa en términos básicamente políticos, de alineamientos ideológicos y geoestratégicos. Son los dos bloques –capitalista y comunista- y la parte del Tercer mundo no alineada.

[24] Huntington está refiriéndose a lo que denomina "civilizaciones".

[25] Huntington (2005: 66) lamenta esa reducción del bloque ideológico o civilizatorio occidental. Con ello se aproxima a la posición básica de los más conocidos neocons norteamericanos, si bien en otros aspectos mantiene una importante distancia (Mayos, 2009).

dialéctica se acentúa a medida que avanza la “turboglobalización monádica” y el PU.

Otra cosa es que –sin duda- aquella brutal y violenta globalización hegemonizada por Occidente ha dejado un persistente resentimiento en el resto del mundo. Como reconoce Huntington (2005: 62s): “Occidente conquistó el mundo, no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a los que se convirtieron pocos miembros de las otras civilizaciones), sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales a menudo olvidan este hecho; los no occidentales, nunca.”

Ello representa un importante problema legado a las generaciones futuras que es de gran importancia administrar y minimizar (en la línea de lo planteado en Mayos 2012). Será clave la manera como la humanidad y las grandes potencias sean capaces de gestionar y apaciguar el persistente resentimiento (creciente desde la toma de conciencia de su subordinación) en contra de la moderna globalización hegemonizada por Occidente (y un PU claramente nacido en éste). En función de ello, viviremos: o bien lamentables, violentos y tristes “choques de civilizaciones”, o bien una más humana y justa “alianza de civilizaciones”. En todo caso, la turboglobalización monádica continuará y dependerá de nosotros como lo haga y si continua férreamente su alianza con el PU.

[26] Hegel con su visión totalizadora, omnicomprensiva y sistemática fue el filósofo que mejor interpretó los modernos mecanismos de globalización (aunque no usó el término). Hay que recordar que para Hegel el “espíritu universal” (*Weltgeist*) no era nada más que la dialéctica global de la historia. Por eso Hegel usa el término “Welt”: “mundo”, aquí traducible como “mundial”, “universal” o ¿por qué no? “global”.

4.1.- ¿Unificación o pluralidad civilizatoria?

Es indiscutible que la turboglobalización monádica actual ya no es la de la industrialización y el imperialismo occidental que acabamos de esbozar. Es una globalización más multipolar, donde China se ha convertido en la segunda economía del mundo, camina para convertirse en la primera y está haciendo valer su nuevo rol a todos niveles. Por otro lado la India, Brasil, Rusia y otros grandes países se esfuerzan para convertirse en poderosas potencias mundiales.

Por su parte y ahora mismo, Occidente está sufriendo más que ninguna otra zona la importante crisis iniciada en el 2008, que amenaza hacer retroceder la fuerza y bienestar logrado en los últimos siglos por los Estados Unidos y, sobre todo, Europa. Ésta –concretamente- intenta apaciguar su evidente retroceso en influencia mundial y en potencial económico, con la lenta y difícil construcción de su unidad económico-política. Del éxito que tenga, parece depender el mantenimiento o no de su lugar actual en la globalización.

Estamos pues en una "turboglobalización monádica", postindustrial, basada en las más avanzadas TICs y en la sociedad del conocimiento. Es la globalización de la "sociedad red" en "la era de la información" que describe Manuel Castells (2000). Por eso, como nunca antes, la globalización se ha convertido en un fenómeno evidente para la gente. Todo el mundo se ha hecho consciente de la dependencia planetaria, de todos respecto de todos, incluyendo muchos peligros o riesgos globales. Como teoriza Ulrich Beck (1994 y Beck, Giddens y Lash 2008) formamos parte de una sociedad del riesgo global y estamos tomando conciencia de ello reflexivamente.

Durante siglos ya estabamos globalizados, pero su movimiento lento, difuso e intermitente permitía que la humanidad se expresara a través de una

enorme riqueza de culturas, tipos de sociedades, maneras de vivir y formas civilizatorias. Como hemos visto, durante milenios la diversidad humana fue muy profunda, a pesar de que progresivamente los contactos y la globalización crecían, y que muy pocas civilizaciones eran totalmente autónomas y autárquicas.

Ahora bien a medida que un fuerte globalización intervenía facilitando conquistas, subordinaciones e imposiciones más o menos violentas, se produjo una drástica reducción de la diversidad y riqueza cultural de la humanidad. Significativamente, David Christian (2005, pp. 175, 253 y 403) estructura la parte de la "big History" dedicada a la historia humana en tres grandes apartados caracterizados como "muchos mundos", "pocos mundos" [27] y "La era moderna: un sólo mundo". Por su parte Jared Diamond (2006: 323ss) recuerda que: "En los últimos 13.000 años, la tendencia predominante en la sociedad humana ha sido la sustitución de las unidades más pequeñas y menos complejas por otras más grandes y más complejas. {...} Las unidades más pequeñas no abandonan voluntariamente su soberanía y se fusionan en unidades mayores. Lo hacen únicamente mediante la conquista o bajo coacción externa."

Intuyendo la tendencia unificadora detrás los mecanismos históricos, muchos filósofos y estudiosos han afirmado que la historia humana converge hacía una unificación total[28]. Las pesimistas hipótesis de una tendencia histórica hacía la simplificación de la riqueza y unificación de la diversidad humanas

[27] David Christian (2005: 255) sitúa la progresiva reducción de riqueza cultural y civilizatoria en un proceso iniciado con la aparición de las grandes civilizaciones, que dominan territorios bastante amplios donde imponen una importante unificación social y cultural que elimina totalmente muchas culturas diferenciadas.

[28] Ya predicha y denunciada por Herbert Marcuse (1971) y, que aún más pesimistamente, teme Norbert Elias (1987).

parecen muy plausibles a partir de análisis actuales[29] como el PU o el "choque de civilizaciones" (no muchas más de 7, según Huntington 2005).

Es indiscutible que las imposiciones militares y coloniales, así como arraigadas tendencias políticas que fuerzan la unificación cultural de los Estados, han comportado una importante reducción de la riqueza cultural humana durante los últimos 4 siglos. Además, tales tendencias se han acentuado en las últimas décadas, como lo constata y denuncia desde hace mucho tiempo la Unesco y otras agencias de la Naciones Unidas. Todos sus estudios y análisis ponen de manifiesto la enorme pérdida y acelerada reducción de formas de vida, culturas y lenguas que está sufriendo la humanidad.

Todavía más lamentable es que la indiscutible globalización financiera, económica, tecnológica y de los riesgos medioambientales, y la creciente reducción de la diversidad cultural y lingüística de la humanidad, no han comportado especiales mejoras en la convergencia de las poblaciones con respecto a la calidad de vida, los derechos políticos o la nivelación cognitiva. La unificación y globalización parecen ir sólo en las direcciones mencionadas, mientras que no parecen tener impacto (o éste es –incluso- negativo) con respecto a la igualdad económica, de calidad de vida y de justicia social, donde parece que la "brecha" de las diferencias e injusticias aumenta irremisiblemente[30].

[29] Ciertamente, también hay analistas más optimistas como Ulrich Beck (2005: 13) quien detecta la emergencia de un nuevo cosmopoliticismo, que no niega la riqueza ni la diversidad cultural, ya que: "Estamos ante una determinación de la identidad que ha sustituido la lógica del 'o esto o lo otro' por la lógica del 'no sólo, sino también'."

[30] Hay que recordar que todavía una gran parte de la población mundial no puede acceder a Internet, a la alfabetización digital ni a la globalización cognitiva, a pesar de que sufren su impacto y los riesgos globales. Todavía más, las estadísticas dicen que la llamada "brecha digital" o el nuevo

Tiene razón el filósofo brasileño del derecho Joaquim Carlos Salgado (2006, p. 262) al lamentar que la actual globalización se limite "o avanço da razäo poiética no mundo econômico", olvidando prácticamente la deseable "vertente ética da justiça universal concreta"[31]. La actual tiranía de los llamados "mercados" incluso sobre Estados enteros muestra una enorme distancia entre los distintos aspectos de la globalización en que los económicos, financieros y tecnológicos se han avanzado a años luz (si bien predomina la guerra hobbesiana "de todos contra todos") por encima del empoderamiento humano para la defensa conjunta de "lo común" (que incluye derechos y deberes, la riqueza cultural y ecológica, y el avance en la justicia social).

Recordemos que la globalización se llevó a cabo en gran medida a través de la violencia y que se tuvo que esperar a finales del siglo XX para poder pensar la humanidad como una "aldea global". Es decir, una turboglobalización monádica donde prácticamente toda la humanidad (menos los "nuevos excluidos") está continuamente interconectada en red como un nuevo virtual (pero también vital) "cordón umbilical". Hoy no podemos sustraernos a la idea que somos una unidad inseparable que comparte todas las ventajas y todos los riesgos de nuestra sociedad: en último término del minúsculo "barco" interestelar que es el planeta Tierra dentro del cosmos. Por ello, actualmente la condición humana es inseparable de la conciencia

analfabetismo no hace sino aumentar (Mayos y Brey, 2011).

[31] Reclama significativamente Salgado (2006: 261) "uma justiça formal internacional a cuidar desses direitos e de um sistema de contribuição e repartição de receitas internacional, nos moldes como se desenvolve nos Estados federados avançados, a exemplo da República Federal da Alemanya (de que o modelo bresileiro é o avesso), para a realização de umma justiça distributiva de riqueza humana entre as naçoes, em que a dignidade humana seja o critério do mérito para sua fruição." Agradezco al Dr. Josè Luiz Borges Horta que me facilitase acceder a esta muy interesante mirada iberoamericana (si bien a partir de Kant y Hegel) que complementa la más conocida e indio-anglosajona del nobel Amartya Sen (2010).

de la globalización y de la amenaza del PU. Ambos parecen definir una creciente y muy peligrosa uniformización, la cual nos plantea un reto que no podemos soslayar.

5.- EN LA CRISIS ACTUAL

De nada nos sirve recordar que la globalización y el PU tienen un origen muy antiguo, pues su triunfo e impacto directo en todo representan una novedad histórica radical. Así por ejemplo hoy nos encontramos ante una turboglobalización monádica: muy intensa, instantánea, omnipresente, constante, de veloces y lejanos feedbacks, sistemática, cotidiana y banal. La diferencia entre las antiguas globalizaciones y la actual está básicamente en el aumento exponencial de todos los parámetros de interacción: velocidad, cantidad, calidad, intensidad, lejanía, sistematicidad, seguridad, constancia, omnipresencia...

La turboglobalización y el PU coinciden en que lentamente han penetrado en las sociedades e, incluso, se han convertido en imprescindible en las vidas de prácticamente todo el mundo, hasta el punto de devenir para muchos algo cotidiano y banal. Ara bien, tras la banalidad con que hoy se nos presentan, es importante ser conscientes de que su triunfo actual es simplemente el "salto cualitativo" que (como decía una ley dialéctica marxista) ha resultado de su largo crecimiento aparentemente sólo cuantitativo. Por eso, y a pesar de que –como hemos analizado- nos acompañan hace ya muchos años, su triunfo actual lo ha transformado todo tan profundamente que no podemos prever sus consecuencias a corto o medio plazo. Ambos son todavía procesos abiertos, en crecimiento exponencial e impredecible. Pero sin duda, el futuro a corto y medio plazo de la humanidad se jugará en y contra la turboglobalización monádica y el PU.

Por ello, centremonos por el momento en destacar algunos aspectos clave de la crítica situación en la crisis post2008. Primero atenderemos a aspectos más básicos y materiales (algunos los llamarían "infraestructurales" y otros

“civilizatorios”) para luego incidir en otros más culturales y supraestructurales. En concreto y vinculadas a la actual crisis económica, destacaremos y analicemos sintéticamente cinco peligrosas características que marcan la actual globalización.

Es innegable que en Occidente y quizás especialmente en Europa, persiste una crisis de alto impacto y larga duración que claramente –ya en el 2012- va mucho más allá de sus orígenes financieros y en las hipotecas *subprime*. Ha puesto en jaque la “deuda soberana” de muchos países de la Comunidad Europea, hasta el punto de amenazar la supervivencia de la moneda común y obligando a una completa y compleja renovación de los tratados económico-políticos para construir una nueva unidad europea.

Por otra parte, la actual crisis no es tan global como podría parecer, pues por el momento no afecta profundamente el mundo ibero-americano ni grandes potencias emergentes como el Brasil. Especialmente inmutable parece el crecimiento en la China y las economías del extremo Oriente y el subcontinente índio. Pero –precisamente por la conciencia unánime que la globalización actual influye decisivamente en los más recónditos territorios del planeta-, la preocupación alcanza a todos los gobiernos y –nos atrevemos a decir- a toda la población mundial informada.

Las caracterizaciones esbozadas en adelante pueden ser vistas como hipótesis que éste analista contempla y sobre las cuales en absoluto lamentaría tener que rectificar. Digamos que son fruto tanto de sus desapasionados análisis como de priorizar esforzadamente el “principio de realidad” (que diría Freud).

5.1.- Crisis, pero en el capitalismo

Primera consideración que se nos impone: a pesar de la exigencia de muchos pensadores altermundistas y anticapitalistas, la actual crisis es tratada por las potencias y los centros de poder como una crisis interna del capitalismo. Por ello se considera que éste debe resolverla dentro de su propia lógica y sin prever –verdaderamente- un cambio de sistema. Se impone, pues, la sensación que domina globalmente un capitalismo más indiscutible e indiscutido que nunca.

Recordemos que ya muy pronto el entonces presidente Bush y la mayoría del G 20 dejaron claro que no se trataba de refundar el capitalismo ni nada parecido. Tanto Obama y su administración, los gobiernos europeos y –sorprendentemente- el gobierno Chino o la mayor parte de los países del tercer mundo, parecen asumir esa misma actitud. Es destacable que el consenso que definen (vinculado estrictamente con el "de Washington" y el PU) es tan fuerte que, en el fondo, cualquier otra posibilidad ha sido borrada de las agendas y las políticas internacionales. Claramente se han olvidado totalmente algunas propuestas de reforma que –en la sorpresa de los primeros momentos- parecían tener consenso generalizado.

Se han reiterado viejas comprobadas políticas del "consenso de Washington". Así FMI tuvo que avisar e intervenir en contra de la "guerra de divisas" y erróneas políticas unilaterales y meramente "nacionales" de salida de la crisis. Tal tentación es generalizada, pero se nota especialmente en potencias emergentes como China e India al constatar que la crisis las afecta mucho menos que a las países avanzados. Por otra parte y ya en 2012, las únicas grandes reformas llevadas a cabo han sido las crueles políticas de ahorro especialmente en los "farolillos rojos" europeos (incluso llamándolos

“los PIGS”): Portugal, Irlanda, Grecia y España (aunque Italia e incluso Bélgica o Francia han recibido importantes correctivos de los “mercados”.

Poca importancia parecen tener los enormes movimientos críticos: los “indignados”, el 15M, “Occupy Wall Street”, huelgas generales o violentos incidentes en suburbios ingleses, Barcelona... Se continúa “salvando” los que especularon y se beneficiaron de la crisis, cuando no la incitaron irresponsablemente (p.e. en la banca española), con un enorme costo para las clases medias y populares. Una vez más, la crisis provocada por unos pocos (que además se lucraron largamente durante su gestación) se paga entre todos. También en ese sentido el capitalismo actual es global y globaliza o socializa sus pérdidas, dinámicas, costes y prácticas.

Por ello, en el fondo y paradójicamente, ha resultado muy fortalecido porque se ha constatado que ni la actual y profunda crisis lo puede amenazar. Más bien al contrario: parece convertirlo en más necesario, pues todo el mundo pone en la dinámica capitalista las únicas esperanzas de pronta recuperación económica y productiva. Precisamente porque el actual mundo globalizado parece depender e identificarse totalmente (al menos por lo que respecta a los sectores hegemónicos) con el capitalismo global. Como el PU y la globalización, se presenta como inevitable la mencionada terrible socialización de las inmensas pérdidas de aquellos que nunca quisieron socializar sus enormes ganancias.

Para bien o para mal, más de un siglo y medio después, es otro “fantasma” (que el previsto por Marx) el que continúa cerniéndose sobre el mundo entero. Y el mensaje subyacente resulta claro: para las actuales generaciones no cabe alternativa al capitalismo global; pues forma parte indisoluble del PU y la globalización. Frente al “otro mundo es posible”, se vuelve a insistir implícita o explícitamente en que, si se dejase morir el actual

capitalismo financiero, económico, tecnológico..., ahora mismo casi todo se moriría con él. Por tanto, a rey muerto, rey puesto.

5.2.- Falta de control

Parece pues que, para bien o para mal, el capitalismo global continúa siendo la condición de posibilidad del mundo globalizado. Pero además y es la segunda consideración que se nos impone: la turboglobalización, el PU y el capitalismo parecen carecer de cualquier guía humana y nadie los puede controlar; están fuera de control.

La crisis económica post2008 también ha puesto de manifiesto con total claridad que ni en Fondo Monetario internacional, el Banco Mundial, los Estados Unidos, la temerosa y lenta Comunidad Europea, ni por supuesto la Organización de las Naciones Unidas, etc. etc. controlan, llevan el timón, ni intuyen hacia dónde va a medio plazo ni turboglobalización, ni el PU ni el capitalismo.

Ciertamente circulan teorías conspirativas que denuncian el subrepticio control mundial de la poderosa China, su partido dirigente todavía denominado “comunista”, los jeques del petróleo o similares. Un argumento debería bastar para descalificar la mayor parte de dichas ideas pues los sectores mencionados son grandes depositarios de billones y billones de dólares en deuda extranjera norteamericana. Y es conocido que, hace meses, Estados Unidos estuvo muy al borde de no poder pagarla. Ciertamente si se controlaba la crisis y la globalización, mantener en cartera esa deuda fue un muy grave error, a pesar que las consecuencias por el momento no han sido las peores.

Más allá de ingenuas teorías conspirativas, la desagradable realidad que se impone es que nadie está en condiciones de pilotar los complejos fenómenos que analizamos: globalización, PU o el actual capitalismo financiero. Si hay algo así como una torre de control o el puente de mando de esos fenómenos, deben estar vacíos o ser ineficaces.

Es cierto sin ninguna duda que –como dicen los ecologistas- toda la humanidad está en un mismo "barco estelar" –la Tierra-, del que dependemos totalmente, al que afectamos y por el que estamos afectados. Pero lamentablemente parece que ahora mismo hemos perdido (si los tuvimos alguna vez) toda agencia o todo control sobre su funcionamiento global. Pues no hay nadie (humano, al menos) que demuestre poder hacer cargo de ellos ni dirigirlos.

Al contrario de lo que pensaba la modernidad que creía poder controlar el propio destino, la turboglobalización monádica, el PU o el actual capitalismo resultan un destino básicamente ciego o una dialéctica imprevisible, "fuerzas anónimas", procesos sin sujeto ni meta (como Louis Althusser describía la historia). Como dice Zygmunt Bauman (2003: 81) de la globalización: "se refiere, ante todo, a los efectos globales, claramente indeseados e imprevistos, más que a iniciativas y emprendimientos. No tenemos ni sabemos a ciencia cierta cómo obtener los medios para planificar e instrumentar acciones globalmente. La "globalización" no se refiere a lo que nosotros (…) queremos o esperamos hacer, sino a lo que nos sucede a todos. La idea se refiere explícitamente a las "fuerzas anónimas" de Von Wright que operan en una vasta tierra de nadie –brumosa y cenagosa, intransitable e indomable- fuera del alcance de la capacidad de planificación y acción de cualquiera."

Es por ello, y a pesar de tener también aspectos positivos, que la globalización (e incluso el capitalismo y el PU) nos angustia tanto. Sobre todo nos incomoda que se presenten como un destino impuesto y totalmente incontrolable, que escapen totalmente a la voluntad o capacidad de previsión y prospectiva humanas. Angustia la percepción de que "las cosas se van de las manos" y que experimentamos un "nuevo desorden mundial"[32]. Cuando tratamos de comprender los macroprocesos que marcan nuestro destino y peligros (Beck 1994), tenemos que rendirnos a su complejidad, indeterminación e ingobernabilidad.

En estos tiempos postmodernos o ultramodernos, echamos a faltar la confianza que la modernidad siempre tuvo: un macrosentido, una filosofía de la historia, ideologías que apuntaban a la revolución o a como conservar las cosas, Estados pretendidamente "soberanos", utopías que se creían factibles... o al menos unas coordenadas mínimas. En cambio hoy sentimos que "el poder" (la turboglobalización, el PU o el capitalismo) son totalmente deshumanizados pues nadie humano los controla ni tan siquiera da noticia de ellos. Después de haber construido Estados-nación, sociedades de naciones y múltiples instituciones de gobernanza internacional nos sentimos huérfanos pues -esos fenómenos verdaderamente decisivos para nuestras vidas- carecen de centro a donde mirar o rezar, de oficina que al menos

[32] Bauman 2003: 80. Muy gráficamente Bauman (2002: 65) ejemplifica así la situación actual: "Los pasajeros del barco del "capitalismo pesado" {de tiempo atrás} confiaban (no siempre sensatamente, por cierto) en que los selectos miembros de la tripulación autorizados a subir a la cubierta del capitán llevarían la nave a destino. Los pasajeros podían dedicar toda su atención a la tarea de aprender y seguir las reglas establecidas para ellos y escritas en letra grande en todos los corredores del barco. Si protestaban (o incluso, se amotinaban), era contra el capitán, que no llevaba la nave a puerto con suficiente rapidez o que no atendía debidamente a la comodidad de los pasajeros. En cambio, los pasajeros del avión del "capitalismo liviano" {que hoy domina globalmente} descubren con horror que la cabina del piloto está vacía y que no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada "piloto automático" ninguna información acerca del destino del avión, del lugar donde aterrizará, de la persona que elegirá el aeropuerto y de si existen reglas que los pasajeros puedan cumplir para contribuir a la seguridad del aterrizaje."

pretendiera controlarlos, de directorio donde dirigirse para informarse, de gerencia contra la que protestar...

5.3.- Debilidad de fronteras y "santuarios" estatales

Así llegamos al tercer aspecto que acentúa la terribilidad de la turboglobalización, el PU y el capitalismo, especialmente para la población de los países avanzados. Por el momento y aunque experimenta su derribo, tal población está acostumbrada al llamado Estado "providencia" o "del bienestar". Por eso la desorienta y angustia especialmente que incluso los grandes leviatanes modernos que son los Estados, los llamados Estados-nación, no puedan controlar ni evitar el impacto de la globalización en su propio territorio ni en su población. ¡Y muy superior es aún la situación de indigencia o carencia absoluta de agencia en que se encuentran los pueblos o culturas minorizados y las naciones sin Estado!

Aunque hoy sabemos que no era del todo cierto, durante el siglo XIX y gran parte del XX, los Estados pudieron creer y hacer creer que eran todopoderosos y casi autárquicos dentro de sus fronteras. El régimen franquista llegó en esa dirección a extremos patéticos, si bien superados por el "famoso salto adelante" preconizado por Mao o los intentos de los Khemers rojos para volver a una sociedad preindustrial y una economía totalmente autárquica. Pero la crisis económica post2008 ha puesto de manifiesto que difícilmente los Estados pueden impedir el impacto los mandoblazos de la turboglobalización monádica, el PU y el capitalismo financiero. O, incluso, ¡minimizarlos!

Hasta los grandes leviatanes estatales, saludados por Hobbes como el dios terrestre, muestran hoy su debilidad ante la economía globalizada y el PU (lo militar, etc. son harina de otro costal). Por eso, angustia pensar que, no sólo carece de puente de mando global la humanidad en conjunto, sino que tampoco están mucho mejor los Estados particulares. Caen pues muchos de los mitos del populismo y del autoritarismo: no hay ningún "Führer" que sepa lo que hay que hacer y hacia dónde ir; ningún partido o "secretario general" que puedan marcar férreamente la pauta; ni, incluso, ninguna lucecita "del Pardo" que vele día y noche por España.

Tales ideas, en otro tiempo tan potentes y peligrosas, hoy se están mostrado ingenuas, ineficaces y ridículas. La generalizada percepción actual es que, más bien, ninguna organización estatal o supraestatal es –por el momento- tan sabia ni poderosa como para guiar realmente el capitalismo, la turboglobalización ni el PU. Eso sí, hay que reconocer que el desamparo es mucho mayor si, ni siquiera se dispone de organizaciones o las que hay son ineficaces o corruptas; entonces la intemperie puede ser absoluta.

La caída del Muro de Berlín en 1989 es la mejor ejemplificación de que, a largo plazo, ninguna frontera "nacional" es lo suficiente segura ni lo suficiente alta como para que no pueda ser escalada. La globalización tecnológica, económica, cultural... a lomos de los potentes medios de comunicación, internet, etc. planea por encima de todos los muros y vuelve porosas todas las fronteras. También lo demuestra la migración forzada o incentivada por la competencia del capitalismo global, con sus deslocalizaciones y circulaciones de capital en búsqueda de los mayores beneficios.

Especialmente, se constata hoy la debilitación del tradicional control estatal sobre la cultura y de su transmisión, que tan clave resulta para las políticas estatales de "nacionalización" y creación de Estados-nación unitarios. Ahora

bien y por el momento, parece un tanto exagerado decir como James Davidson Hunter y Joshua Yates (2002: 388) que: “los gobiernos han perdido el control último de los mensajes que pueden enviar a sus comunidades específicas.” También resultan demasiado ingenuos los que, como Bauman, creen que “Globalización quiere decir que el Estado ya no tiene la fuerza o las ganas por mantener como una roca inexpugnable su matrimonio con la nación.” Pues, si bien es indudable que el Estado va perdiendo peso y control lentamente, cada día vemos que –a pesar de ello- continúa teniendo muchas ganas y mecanismos para nacionalizar unitariamente su población y devenir finalmente un Estado-nación puro.

En contra de las no tan lejanas previsiones de Francis Fukuyama y de los neocons, los últimos años han puesto de manifiesto que, incluso los Estados Unidos -por el momento el último gran imperio de la historia- no puede controlar ni mantenerse protegido del proceso desatado y sin sujeto que son la globalización, el capitalismo, el PU y la crisis actual. Tenía mucha más razón de lo que pensaba, el ministro ruso de exteriores Serguei Lavrov cuando hace unos años dijo que “Occidente está perdiendo el monopolio del proceso de globalización”.

Ahora mismo resulta claro para casi todo el mundo, que los Estados Unidos han conseguido globalizar su presencia militar, su deuda “nacional” y gran parte de su cultura (como la máquina de sueños que es Hollywood). Incluso han globalizado su crisis generada con la hipotecas “sub-prime”; entre otras razones porque todo el mundo quería ser un buen discípulo de su ideal de capitalismo “fácil”. Pero parece que, finalmente y amenazados por la misma globalización que pretendían dirigir, los Estados Unidos habrán de ponerse a trabajar bajo las mismas normas internacionales que saldrán de la crisis global que cierra la primera década del siglo XXI.

Parece pues que, en el fondo, el capitalismo, la turboglobalización y el PU salen fortalecidos de ese proceso. Como consecuencia de las apreciaciones anteriores, resulta evidente que ya nadie (ni los Estados Unidos) puede pensar hoy que tiene un resorte último del que los otros carecen. Nadie está a largo plazo al margen de la turboglobalización, el capitalismo y el PU que, como hemos visto, se caracterizan por ser muy imprevisibles.

5.4.- Creciente unificación de las culturas

Todos lamentamos la distancia entre los afortunados y los desafortunados, entre los ricos y los pobres, entre los que se han adaptado eficazmente y los que tienen dificultades para ello. Todos sabemos el enorme crecimiento de esa distancia que se ha producido con la modernidad colonial liderada por Occidente y –más recientemente- con la turboglobalización capitalista postindustrial.

A ese aumento en las diferencias de riqueza y nivel de vida se contrapone, sorprendentemente, una enorme simplificación y limitación cultural de la humanidad. Lamentablemente esos dos procesos parecen en gran medida llevar direcciones contrarias, rompiendo lo que parecía ser una ley histórica, pues en términos de Ernst Gellner (1994: 29): “El desarrollo social parece ajustarse a grandes rasgos a una ley de cariz general: cuanto más ‘compleja’ y desarrollada es una sociedad, más desigual es {...} Así han sido las cosas hasta el advenimiento de la modernidad que, por razones que miraremos de investigar más adelante, invierte la tendencia.”

De manera sorprendente, mientras aumentan las diferencias de riqueza y calidad de vida entre los individuos y los pueblos, paralelamente se está produciendo una radical simplificación, unificación y reducción de la

diversidad cultural. Aumenta la brecha económica y en la calidad de vida, pero se reduce la riqueza cultural global. En otros términos: los ricos son cada día más ricos y los pobres, más pobres; pero, tanto los ricos como los pobres, parecen condenados a compartir básicamente una misma y monolítica cultura o una especie de pensamiento único, que es el que precisamente -he aquí su gran “utilidad” para el poder- legitima y fomenta aquella disparidad entre ricos y pobres.

Como ya anticipaba Norbert Elias parece que vamos hacia una radical simplificación cultural y, quizás, hacia un monolítico orden político social mundial, pero sin que ello comporte ninguna garantía de mejora de vida para la gente, al contrario. En esa línea John R. y William McNeill (2004: 173) recuerdan que: “El inicio de la moderna mundialización fue un proceso doloroso, a veces brutal. Desaparecieron pueblos, lenguas y religiones al tiempo que un puñado de sociedades imperiales lograban propagar su poder y su cultura a nuevas tierras. Cuando decenas de millones de personas (junto con sus recursos y ecosistemas) se sumaron a lo que se estaba convirtiendo en una red mundial, el proceso de especialización del trabajo y el intercambio pasó a ser verdaderamente internacional y dio como resultado mayor riqueza, pero también mayor desigualdad {de riqueza} que nunca.”

Más adelante recuperaremos y ampliaremos la problemática de la unificación y pérdida de riqueza cultural.

5.5.- Compatibilidad de turboglobalización, capitalismo y PU

Las cuatro características que hemos comentando nos conducen a una quinta: toda cultura o forma de vida que no sea compatible con la globalización y el capitalismo parece condenada a desaparecer a corto, medio o medio-largo plazo.

El dominio en todas partes de un mismo capitalismo, una misma globalización y un PU (hemos comentado que curiosamente se prevé menos un sistema alternativo desde que se declaró la actual crisis) acentúa la constatación de que no hay manera humana de conducirlo ni, tan sólo, de poner barreras efectivas a largo plazo. Si además le añadimos la tendencia a incrementar las desigualdades económicas y, paradójicamente, el monoliticismo cultural, la conclusión que se impone es que: la globalización capitalista (o el capitalismo global) es hoy por hoy la única, auténtica, efectiva "cultura" hegemónica y con futuro "asegurado". Casi podríamos decir: la única forma de vida que parece garantizada y posible a medio plazo.

En otros términos y por mucho que nos duela a muchos, el capitalismo global no es simplemente una economía, ni siquiera un modo de producción o un tipo de organización social y política. Es también y quizás sobre todo la forma de vivir que corresponde a la sociedad de inicios del siglo XXI y (si nada cambia mucho) en las décadas por venir. Por tanto, es también una "cultura" y una "civilización"[33], quizás las únicas que realmente tienen futuro o, al menos, tienen garantizada la hegemonía a medio plazo[34].

[33] Nos remitimos al uso que dan a estos términos Samuel P. Huntington (2005) y Norbert Elias (1987).

[34] Ignacio Ramonet y algunos teóricos del marxismo denuncian la peligrosa identidad futura y a nivel mundial de superestructura e infraestructura. Entonces sólo existiría en el mundo una única infraestructura y supraestructura: el capitalismo globalizado que habría convertido el "consenso de Washington" en omnipresente. Entonces sólo cabría una única, auténtica y profunda forma de

Aquí vemos ejemplificada la profunda paradoja que Anthony Giddens expresó al decir que nuestro mundo cosmopolita y globalizado es “un mundo dónde hay muchos otros, pero dónde también no hay {propiamente} otros”. La globalización capitalista actual no deja ningún espacio “otro”, ningún intersticio para los verdaderamente y totalmente “otros”, porque se ha extendido tanto y ha colonizado tan profundamente todas las sociedades y culturas que no deja nada intocado, nada afuera, nada verdaderamente “otro” (Almudena Hernando 2006: 221ss).

En esa línea, Hunter y Yates (2002: 398) concluyen que las vanguardias de la globalización coinciden en que el mundo será cada vez más electrónico, individualista, guiado por el libre mercado y democrático gracias a la globalización. También coinciden en que, al menos de momento, el mundo tenderá más a parecerse a (que a diferenciarse de) Estados Unidos (u Occidente). Además, si las naciones, las culturas locales, las organizaciones, las corporaciones, etc., no ‘se suben a bordo’ de la globalización, perderán probablemente los beneficios y las oportunidades que ésta conlleva.”

Cada vez resultan más problemáticas ideas -por otra parte interesantes- como “excepción cultural”, diversidad cultural, multiculturalismo, interculturalismo, o, incluso, las emergentes políticas de la diferencia y ese invento francés del “Estado cultural”. Pues todas las culturas o civilizaciones tienden a convertirse en meros matices y notas a pie de página de la única cultura-civilización hegemónica[35] que es el capitalismo globalizado y los valores, ideas, actitudes vitales, mentalidades... que promociona y que devienen PU.

vivir, una única cultura, un único tipo de civilización: un pensamiento único.

[35] Esta hipótesis no se opone totalmente al famoso “choque de civilizaciones” de Huntington (2005) (si se lee atentamente su desarrollo entero) e, incluso, le tranquilizaría y alegraría.

Por eso algunos pensadores apuntan que, a pesar los debates actuales en favor de la excepción, diversidad o riqueza culturales, en realidad se están banalizando y desvitalizando a medida que las culturas tienden a convertirse en superficiales "parques temáticos". Es decir, se convierten en distintas "tematizaciones" que dan algo de color local (sobre todo destinado a turistas) a la básica, dominante, efectiva y misma "cultura", "civilización" o forma "de vida" hegemónica por todas partes que es el capitalismo, la turboglobalización y el PU.

En todas partes: una misma competitividad; unas mismas o muy similares empresas; unos sueldos y condiciones de trabajo y de vida que tienden alarmantemente a una unificación por abajo (y no por arriba como prometía la socialdemocracia y el "Estado del bienestar"); unas familias nucleares o uniparentales dónde, quién no trabaja ni produce directamente, estudia o se está formando para poder trabajar algún día si tiene suerte; un mismo idioma hegemónico que es un inglés mínimo e insulso; una misma cultura elemental que hoy se basa en los barruntos de las TIC como antes en las 4 reglas y los "buenos modos" establecidos; unas emigraciones forzadas que cada vez más son de ida y retorno...

Y, sobre todo, por todas partes unas mismas amenazas, riesgos[36] o miedos globales: al paro; a la inseguridad; a un terrorismo global; a un cambio climático global; a una contaminación que llega a los últimos rincones del planeta; a una crisis que no perdona a nadie y que nadie controla. Por todas partes unas angustias que el individuo crecientemente aislado e indefenso ante el gran mecanismo global ha de soportar... pero –lamentablemente- pudiendo recurrir o confiar en cada vez menos: convicciones, "seguridades",

[36] Significativamente, a pesar de su relativo impacto en 1986, Ulrich Beck (1994) ha generado una nueva disciplina sociológica propia de nuestro tiempo: "la sociología del riesgo".

solidaridades, vínculos fiables... en definitiva menos “capital social y personal” que actúe de “paracaídas” o “airbag” cuando las cosas van mal.

6. LA NUEVA ÉLITE Y CULTURA GLOBALIZADAS, COMO EJEMPLO

Como ejemplo y modelo anticipatorio del proceso apuntado de unificación cultural en la turboglobalización monádica y el PU capitalista, está apareciendo una élite realmente internacional que claramente vive y tiene una cosmovisión cada vez más alejada de cualquier realidad cultural concreta y tradicional.

En su excelente análisis de esta élite, Hunter y Yates (2002: 400) concluyen que “Son cosmopolitas, sí, pero de un modo característicamente limitado y estrecho.” Son cosmopolitas estrechos porque están encerrados sobre si mismos, descontextualizados y apartados de cualquier vida real o popular; seguramente de una manera muy similar a como lo estaban los patricios durante las etapas finales del Imperio romano, los cortesanos de Versalles o los funcionarios imperiales chinos a finales de la dinastía Qing.

Como en aquellas élites anteriores, su cosmopoliticismo se superpone a la vez a un desclasamiento que las aleja de los estratos sociales que tradicionalmente les eran cercanos y los constituye en una nueva clase cada vez más independiente. Pues son los grandes portadores y globalizadores del PU heredero del “consenso de Washington”. A la vez viven un profundo desarraigo de cualquier contexto social y cultural habitual, pero también definen el nuevo contexto social y cultural que se insinúa como hegemónico en el futuro. Un contexto social y cultural totalmente globalizado y mimetizado con el PU, construido como un mundo prefabricado y abstracto, y que literalmente levita por todas partes sin tocar nada ni ser tocado por nada.

Hunter y Yates (2002: 379) destacan la muy similar forma de vida y cosmovisión de los ejecutivos globalizadores que en todas partes “viven

dentro de algo parecido a una burbuja sociocultural que, por lo general, está aislada de las diferencias, más abruptas, que existen entre las culturas nacionales." Precisamente por ello esas élites globalizadoras no perciben demasiado las consecuencias desagradables de la crisis nacida en el 2008, de la turboglobalización monádica, del capitalismo postindustrial ni del PU. Pues "no aprecian contradicción alguna y experimentan muy poca tensión. El entorno en el que habitan no hace más que reforzar esa ausencia de sensación de incongruencia. A efectos prácticos, la burbuja sociocultural que constituye el marco de su experiencia de trabajo elimina esas tensiones."[37]

No nos tiene que extrañar, pues, que las élites globalizadoras tiendan a aplicar a una enorme cantidad de aspectos, que tradicionalmente parecían esenciales para la vida normal, el mismo principio simplificador (o navaja d'Ockham) que aplican –por ejemplo- a toda otra lengua que no sea el inglés. Pues consideran a toda lengua que no sea el ingles -sin excepción- un lujo por el que no vale la pena gastar ningún esfuerzo (Hunter y Yates 2002:379s). Como dice entre irónica y trágica Helena Béjar (2007: 131): "Los individuos modernos [globalizados] están aprendiendo a la fuerza que la dependencia (de una ciudad, de un trabajo, de los afectos) es una esclavitud de la que tienen que escapar."

Esa vanguardia globalizada, que ponemos como ejemplo de la globalización cultural y el PU que se imponen, está formada tanto por los ejecutivos de las empresas multinacionales, como los altos funcionarios de las organizaciones internacionales (ONU, UNESCO; FMI; OMS; BM...), los altos cargos d'ONGs internacionales (ONGI), los líderes de multinacionales religiosas como los evangelistas y, crecientemente, por una parte de la *inteligentsia* intelectual internacional (periodistas, analistas, expertos, opinadores mediáticos,

[37] Hunter y Yates 2002: 399.

miembros de poderosos *think tanks*, reconocidos escritores, profesores universitarios con impacto global, etc.).

Es decir incluye a la vez lo que Peter Berger denomina las élites y la cultura de Davos, junto con las élites y la cultura de los "Academy clubs". Ambas elites son mucho más similares de lo que parece porque, aún cuando parecen defender valores y cosmovisiones claramente adversarias; pues "bajo esa pátina de confrontación ideológica explícita, existen similitudes arraigadas en sus prácticas sociales y en las perspectivas, actitudes y valores que emanan de esas prácticas." Su "mundo", forma de vivir y "cultura" se unifica rápidamente.

Así, Hunter y Yates (2002: 375ss) destacan que esa élite se caracteriza por estar viajando continuamente, entre el 25 y el 60% del tiempo; "Pero rara vez van a regiones del mundo apartadas o primitivas: sus destinos suelen ser casi siempre las grandes áreas metropolitanas, las capitales extranjeras y los centros regionales de la cultura y el comercio {...} Cuando no están físicamente en el extranjero, interactúan de modo casi constante con sus colegas, socios y subordinados que pueden encontrarse en cualquier parte del mundo {...} Estos ejecutivos viajan tanto y a tantos sitios que no es de extrañar que los destinos empiecen ya a parecerse unos a otros. {... tienen} la sensación de que pueden estar literalmente en cualquier lugar del mundo y en ninguno en particular. {...} Buena parte de la culpa de esta experiencia surrealista la tiene el propio entorno físico: rara vez cambia. {...} Los mundos en los que se mueven estos hombres y mujeres cuando circundan el globo guardan un asombroso parecido con sus lugares de origen, y tienen los mismos servicios y comodidades {... Por ello} el vicepresidente de investigación y planificación de la MTV comentaba: "Quienquiera que esté tomando las decisiones acerca del tipo de comodidades disponibles para

quienes viajan por negocios tiene en mente a los ejecutivos de empresa estadounidenses."

Aún más, "El entorno físico que habitan es, en su mayor parte, uniforme, antiséptico, homogéneo y artificial. A pesar de ser tan 'de mundo', nunca se van realmente de 'casa'. No es que se destruyan la 'localidad' y el 'lugar', sino que se transforman en realidades abstractas, fluidas y provisionales" (Hunter y Yates 2002: 400). Son los famosos "no-lugares" que suelen ser el "hábitat" de la nueva élite global y globalizadora, y que ha teorizado el antropólogo y sociólogo francés Marc Augé (1992): palacios de congresos, centros de reuniones, edificios y salas de instituciones internacionales y de los gobiernos, aeropuertos, hoteles, restaurantes de cocina internacional, grandes centros comerciales, muchos grandes teatros, cines o salas de espectáculos... pero también y crecientemente simples supermercados o establecimientos turísticos[38].

Son los lugares, los "no-lugares" y los tipos de construcciones que el arquitecto catalán Marc Cuixart denomina "arquitectura de casino", vinculada al "espectáculo" arquitectónico. Ya sean espacios funcionalistas o postmodernos, coinciden en estar cerrados sobre si, en estar alejados o incluso ser refractarios al entorno, en fomentar el consumo e inhibir cualquier otra actividad, en buscar la espectacularidad y/o provocación a cualquier precio... aunque –eso sí- suelen camuflarse bajo excusas culturales, lamentablemente banales o banalizadas...

[38] Son los ambientes y atmósferas que tan bien ha plasmado la famosa película de Sofía Coppola *Lost in Translation* del 2003: "no-lugares" que podrían estar en cualquier parte del mundo, como en ese caso están en la cosmopolita Tokio, y que -a pesar de la sofisticada y estandarizada comodidad que ofrecen- no evitan la angustiosa sensación de incomunicación, incongruencia, sin sentido y soledad que transmite la película.

Esa misma falta de alteridad o de concreción vital que hemos apuntado brevemente en los entornos arquitectónicos dónde pasan la mayor parte de su vida las nuevas élites globalizadoras, la podemos ver en sus relaciones personales: básicamente se relacionan entre si. Lo más preocupante es que, según los estudios, no sólo lo hacen los elitistas ejecutivos de presuntas "explotadoras" multinacionales, sino también a menudo los dirigentes d'ONGIs. Pues, según Hunter y Yates (2002:378): "la mayoría de los entrevistados se mantenían en un nivel apartado del contacto, cara a cara, con las culturas locales y los pueblos para los que trabajaban. 'Tratamos sobre todo con líderes políticos y con funcionarios del gobierno, y con aquellos que está claro que van a convertirse en élite', admite un director de programa del Centro Carter."

No se trata simplemente que las élites globalizadas vivan y se muevan en entornos muy similares y que, con independencia del lugar donde estén básicamente interactúan entre sí y no con los habitantes del país, y que usen el mismo idioma: el inglés internacional. Además y muy significativamente: "todas las élites globales emplean el lenguaje y las técnicas de las ciencias sociales para formular sus proyectos y resolver cualquier problema administrativo o programático."[39] Es decir, tienen una alta cultura compartida (que los convierte en expertos con gran reconocimiento y valor internacional) y –lo que aún es más espectacular- unos mismos valores compartidos. Según Hunter y Yates (2002: 382): "Si la autoridad epistemológica de estas élites está fundamentada en el lenguaje de las ciencias sociales, la autoridad moral hunde sus raíces en el lenguaje de los derechos y las necesidades individuales universales."

Ahora bien, ese "lenguaje de los derechos y las necesidades individuales universales" suele concretarse muchas veces en "una antropología común

[39] Hunter y Yates 2002: 381.

que entiende al individuo como una persona autónoma, racional, hábil y codiciosa. Para reforzar dicha antropología está también el lenguaje del mercado. El lenguaje del mercado es, por supuesto, omnipresente. Todas estas organizaciones globalizadoras, y no sólo las compañías multinacionales, operan en un mundo definido por los 'mercados en expansión', la necesidad de contar con una 'ventaja competitiva', la 'eficiencia', la 'efectividad de costes', la 'maximización de beneficios y minimización de costes', los 'nichos de mercado', la 'rentabilidad' y el 'balance final'. Así, en el ámbito de la cultura popular, la MTV es 'más que una simple cadena artística que está en la onda: es un negocio"[40].

En una sorprendente deriva que escandalizaría al filósofo Blaise Pascal (que ve transformada su existencial "apuesta" en una mera oferta de inversión) y muchos pensadores religiosos: "Un líder evangélico declaraba: 'Nosotros queremos hacer negocios con el mundo, y para ello nos lanzamos al mercado. Así es como funciona'. {...} En sus propias palabras {y refiriéndose a sus 'centros de formación para una nueva vida'}: 'Nunca había oído hablar de una inversión con una mayor rentabilidad espiritual". Y es que como glosan dicha afirmación Hunter y Yates (2002: 383): "Aunque a veces se muestran hostiles hacia los efectos del capitalismo multinacional, las ONGI también hablan, refiriéndose a sí mismas, de 'vender ideas' o de 'vender servicios'. La meta, tal y como la expresan en ocasiones, es ser proveedores competitivos de asistencia de primera calidad."

A pesar de su gran "productividad", sus conexiones con la "sociedad del conocimiento" y su uso de las nuevas tecnologías, sin duda es ésta una cultura degradada y separada de las problemáticas reales de la población.

[40] Hunter y Yates (2002: 384) añaden además que conciben "a los seres humanos como agentes pragmáticos, codiciosos y egocéntricos." Para situar el origen de esa antropología individualista del *homo oeconomicus* capitalista y posesivo actual véase C. B. Macpherson (1979) *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Barcelona: Fontanella.

Mucho más vinculada con el PU y el "consenso de Washington" que con la realidad vivida por la gente corriente y lo que tradicionalmente se ha llamado "cultura". Además tiende a desvincularse totalmente de la "agencia" autónoma, democrática y la vigilancia de la mayor parte de los ciudadanos, el "empoderamiento" político y cultural de los cuales tiende a reducir sino incluso a impedir[41].

6.1.- Indigenización o multiculturalismo banalizados

Sin ninguna duda, la creciente imposición entre los políticos y las élites de cualquier parte del mundo de este tipo de cosmovisión y lenguaje es a lo que se referían las expresiones: "Consenso de Washington" del periodista John Williamson (1989) y "pensamiento único" Ignacio Ramonet (1995) y el periódico *Le Monde Diplomatique*. No creemos que en absoluto haya mejorado el panorama en los últimos años, si bien el PU emergente ha aprendido corrección política y disimula su lenta pero constante progresión. Como se dice ahora, ha aprendido a "indigenizarse" oportunamente o a manifestarse a través de marcas globales indigenizadas.

En la actual turboglobalización capitalista (Hunter y Yates 2002: 385), "el deseo de globalizar una marca, un mensaje o un servicio apelando a una necesidad o a un derecho universal sólo puede realizarse de manera matizada. Las élites de la vanguardia de la globalización son conscientes de la torpeza histórica de las organizaciones estadounidenses u occidentales y se muestran deseosas de atenuar la imagen (real) de imperialismo blando que tiene su trabajo. De ahí que equilibren el llamamiento moral a los derechos y necesidades universales con cierta tendencia a indigenizar sus

[41] La mencionada tendencia es clave para que "bajo" la floreciente sociedad del conocimiento emerja una peligrosa sociedad de la ignorancia o de la incultura (Mayos y Brey 2011).

marcas, sus identidades organizativas y sus clientelas. Aquí es donde la vanguardia de la globalización emplea un lenguaje arraigado en el multiculturalismo, centrado en mostrar sensibilidad por las culturas locales."

Hunter y Yates (2002:399s) citan una muy significativa afirmación de un ejecutivo de marketing mundial de Nike, el cual usa una conocida consigna altermundista para definir una regla que su empresa –dice- sigue: "para que cualquier organización transnacional triunfe, *debe ser* 'de orientación global y de ejecución local'." Como vemos, la globalización "multicultural" y "políticamente correcta" obliga a adoptar una cierta parecida pátina cultural y una amable –pero banalizada- indigenización de los mensajes.

Pero, ello sólo es la superficie de una transformación mucho más radical y efectiva: la reducción de las culturas, civilizaciones y cosmovisiones tradicionales a una similar perspectiva vital, una semejante cultura de fondo, una profundamente idéntica cosmovisión, un PU, una única civilización que se identificaría totalmente con el capitalismo global y el "consenso de Washington".

Tras la amabilidad, benevolencia, tolerancia e incluso sincero respeto por los diversos pueblos y culturas de las actuales élites globalizadoras, en general superiores a las de otros tiempos, se esconde un similar aislamiento, distanciamiento e indiferencia. Quieran o no, ese mismo entorno o burbuja sociocultural en que viven las élites globalizadas facilita y quizás garantiza que fácilmente queden relegadas las posibles reflexiones críticas sobre su efectivo impacto social. Pues el PU ha generado también las justificaciones y respuestas ad hoc a las críticas recibidas, cubriendo su transfondo ideológico (que hemos analizado), sus riesgos y "daños colaterales" bajo el manto del humanitarismo más "políticamente correcto" (Bermudo 2006).

Así, como constatan Hunter y Yates (2002:399s): “Cuando se les acusa de ser portadores de un bagaje cultural no deseado por las culturas extranjeras, no hay ambivalencia que valga: todos los miembros de esta élite globalizadora se ponen a la defensiva. Los vocabularios del lenguaje global los reconcilian con sus dudas o con esa postura defensiva acerca del mundo que están creando. Todos ellos creen que responden de formas diferentes a necesidades universales fundadas sobre una concepción del individuo como actor social racional, competitivo y codicioso. Han logrado conocer cuáles son esas necesidades y determinar su validez mediante las herramientas de las ciencias sociales, pero han adaptado su respuesta haciendo un esfuerzo por indigenizar la marca, el producto y el mensaje a los entornos locales. De primordial importancia en este proceso es la creencia en la existencia de una idea humanitaria más amplia sobre la que se sustenta su trabajo {...} aunque sean ellos mismos los creadores de esa necesidad. Así, siguiendo pautas de las que no son siempre conscientes, quieren creer que tanto ellos como su trabajo contribuyen a un bien moral. De este modo, la vanguardia de la globalización mantiene un sentido de inocencia moral respecto al mundo que están ayudando a crear. El cinismo es sencillamente inexistente. En su lugar, la candidez –a propósito de quiénes son y a qué están contribuyendo- es la sensación omnipresente.”

Como vemos no es que esas élites globalizadas y globalizadoras estén consciente y malévolamente promocionando un PU que amenaza la riqueza cultural y civilizatoria humana. Al contrario, muchas de ellas son ardientes defensoras de ideales humanistas, democráticos, multiculturalistas y interculturalistas, incluso algunas veces cercanos al altermundismo. Simplemente su misma forma de vivir y su absoluta dependencia de la turboglobalización, el PU y el capitalismo postindustrial les impiden concebir o apostar firmemente por una alternativa radical. La misma dinámica

globalizadora que ha engendrado esas élites las aparta imperceptiblemente de cualquier “pensar otro”, y las confirma en la dinámica y valores del PU.

Tampoco es cierta la simplificación de que esas élites, la turboglobalización, el capitalismo o el PU (por mucho que ciertamente se haya evidenciado en el llamado “consenso de Washington”) que sólo sirven el “way of life” norteamericano o, incluso, occidental. Como ya hemos analizado propiamente son resultado de un complejo proceso sin amo, ciego, desatado, imprevisible y que, fácilmente como Saturno, puede devorar a sus propios hijos. De hecho la crisis post2008 pone claramente de manifiesto que todos esos procesos pueden jugar fácilmente en contra de los intereses de los Estados Unidos o de Occidente entero.

Otra cosa es que, debido a su genealogía claramente vinculada con la modernización y hegemonía occidentales, la globalización capitalista y el PU sean percibidos de otra manera y aún más críticamente por los no occidentales. Como avisa el periodista y escritor libanés Amin Maalouf (1999: 88): “Esta realidad no la viven del mismo modo quienes han nacido en el seno de la civilización dominante y quienes han nacido fuera de ella. Los primeros pueden transformarse, avanzar en la vida, adaptarse, sin dejar de ser ellos mismos; se podría decir incluso que, en el caso de los occidentales, cuanto más se modernizan más en armonía se sienten con su cultura, y sólo se quedan desfasados los que rechazan la modernidad. Para el resto del mundo, para todos los que han nacido en el seno de las culturas derrotadas, la capacidad de recibir el cambio y la modernidad se plantea en otros términos. Para los chinos, los africanos, los japoneses, los indios de Asia o de América, tanto para los griegos y los rusos como para los iraníes, los árabes, los judíos o los turcos, la modernización ha significado siempre abandonar una parte de sí mismos. Aun cuando en ocasiones ha provocado entusiasmo, el proceso no se ha desarrollado nunca sin una cierta amargura,

sin un sentimiento de humillación y negación. Sin una dolorosa interrogación sobre los riesgos de la asimilación. Sin una profunda crisis de identidad."

Hemos puesto de manifiesto los orígenes occidentales e incluso coloniales de la turboglobalización monádica y del PU, pero es un error que sus damnificados –especialmente en la actualidad y recordemos la crisis post2008- son sólo los no occidentales. Los occidentales también lo son y, todo hace entrever, que lo serán cada vez más. Quizás tras el entusiasmo inicial, la gran mayoría de los estadounidenses y occidentales están llamados a sentir –creemos-, ahora mismo o muy pronto, parecidos sentimientos "de humillación y negación", de "dolorosa interrogación sobre los riesgos" y "una profunda crisis de identidad" ante el capitalismo global y el PU. Por ello y quizás antes de lo que se prevé, los occidentales también pueden experimentar lo que el cubano filósofo de la liberación (afincado en Alemania) Raúl Fornet-Batancourt (2006: 42) llama "destrucción de alternativas científico-tecnológicas" y "empobrecimiento de la memoria cognitiva" humana.

7.- QUEDAN ALTERNATIVAS “CULTURALES”

En el presente artículo, aunque mostramos los peligros de la actual “turboglobalización” que en muchos aspectos ha devenido “monádica” y del PU que se vincula estrechamente con ella, negamos que incluso hoy sean realmente la única alternativa posible. Todavía estamos –como veremos- en una globalización múltiple y no completamente unificada, un pensamiento que se pretende “único” pero que no lo es, como muestra la pluralidad de civilizaciones (con otras tantas propuestas de modernización y globalización alternativas) que han puesto de manifiesto Huntington (2005) y los estudios recopilados por Berger y Huntington (2002). Todavía hay posibilidades de “pensar otro”, de construir alternativas sistémicas o contraculturales.

Ello no niega la larga genealogía que hemos esbozado aquí y que enlaza los mencionados elementos del PU actual con la modernización occidental y –aún más allá- con milenarios y lentos procesos que ya hacían de la humanidad una única especie a pesar de estar repartida por todo el globo. En concreto los elementos mencionados del PU reúnen con cierta coherencia toda una compleja amalgama de actitudes pragmáticas, construcciones simbólicas (en el sentido que usa el termino Cornelius Castoriadis) y prácticas sociales con gran impacto performativo sobre la realidad vivida. Esa amalgama nació en la civilización occidental y luego se globalizó por el imperialismo colonial –primero- y por el económico neoliberal –después-.

Aún así, ahora y más allá de su efectiva hegemonía en las grandes instituciones de la gobernanza internacional –siguiendo el “consenso de Washington”- todavía resisten muchas alternativas sociales, políticas y culturales. Aunque amenaza devenir efectivamente “único”, todavía resisten

otras posibilidades efectivas de encarar el mundo y la vida, que pueden prolongar nuestra civilización de una manera menos amenazadora y más esperanzada.

Por tanto, nuestras conclusiones nos alejan de la interpretación más negativa de los diagnósticos que hemos apuntado sobre la turboglobalización capitalista y el PU. Parece indiscutible que la globalización no aflojará a medio plazo y ante ella somos seguramente como la interpretación que del *Angelus Novus* de Paul Klee realizó Walter Benjamin: alguien que, aunque mire atrás o quiera volver, no puede porque le lleva la marcha de la historia. Por eso, parece que a medio plazo el destino mundial y la "cultura" hegemónica serán la globalización capitalista y el PU su destilación máxima.

Ahora bien también podemos coincidir esperanzadamente[42] con Peter Berger en que, por el momento, la tesis de una "homogeneización global ciega infravalora en buena medida la capacidad que tenemos los seres humanos de ser creativos e innovadores cuando nos vemos confrontados con desafíos culturales."[43] Todavía hay muchas e importantes resistencias a las tendencias que impulsan hacia una integración o globalización cultural única, a un PU sin alternativa.

---

[42] Coincidimos plenamente con la percepción de Hunter y Yates en qué: "es esencial señalar que incluso las facciones más opuestas a los efectos del capitalismo global no están normalmente en contra de la globalización en sí. Sus propias redes globales son indicativas al respecto. Tal y como se establece en el preámbulo del World Economy Project, 'nosotros, el pueblo, nos unimos en la construcción de un movimiento internacional para impedir que los intereses empresariales restrinjan los beneficios de la globalización a una minoría selecta'. Estos opositores desean una globalización más suave y amable, que sea económicamente más equitativa, auténticamente democrática y ecológicamente responsable."

[43] Berger y Huntington 2002: 24

Además, como hemos visto, la globalización avanza de manera y velocidad muy diversa según los ámbitos que se consideren. Así va mucho más rápida por lo que respecta al movimiento internacional de capitales, la globalización productiva y comercial, o a la transferencia tecnológica. En cambio va muy lenta y retrasada con respecto a la efectiva convergencia política (sin que la Comunidad europea represente un contraejemplo), al movimiento libre de personas (las muchas restricciones a la migración, es un ejemplo claro) o a la plena globalización cultural. Hoy por hoy y avisando que no podemos ser tan optimistas a medio plazo, la diversidad y riqueza cultural de la humanidad parecen garantizadas pese a la pérdida constante de muchas lenguas y culturas que sufrimos.

Por otra parte, también es cierto que se ha instalado una excesiva beligerancia dentro del mundo cultural (o civilizatorio como prefiere Huntington). Ello nos parece una buena muestra de hasta qué grado -en las sociedades postindustriales y "del conocimiento"- la cultura, la información, la comunicación y el saber devienen fuerzas productivas de primer orden e, inevitablemente, en origen de nuevos conflictos y renovadas discriminaciones. Evidentemente no podemos tratarlo aquí, pero ello es clave para explicar que, en las últimas décadas, la indiferencia (si no la tolerancia o el respeto mutuo) ha dejado de ser norma en la relaciones entre culturas y civilizaciones.

Como apuntamos, los caminos y, quizás todavía más, las valoraciones e interpretaciones de la creciente globalización capitalista y cultural son muy distintos, profundamente encontrados e, incluso, violentamente divergentes. No sólo es que muchas alternativas culturales continúan vigentes y con una fuerza muy considerable como testimonia Samuel Huntington en su choque de civilizaciones o, de procedencia ideológica muy distinta, Ronald Inglehard con sus análisis de las Encuestas Mundiales de Valores (*World Values*

Survey[44]). Tanto uno como otro constatan que, por el momento y a pesar de numerosas pérdidas, la persistencia de una rica diversidad cultural impide hablar en términos de humanidad monolítica, inscrita en un único proceso impuesto a todos, dominada hegemónicamente por una cultura básicamente unilateral o un PU...

En sus encuestas mundiales, Inglehart nota incluso una ligera tendencia hacía el pluralismo y la tolerancia en las actitudes, los comportamientos y los valores. Sería una característica básica en un proceso vigente en la actualidad y de alcance mundial que llama esencial de lo que llama "postmodernización" (Inglehart 2001, Inglehart y Welsel 2006). También Berger[45] define como "el gran desafío" al *pluralismo cultural* que, descomponiendo tradiciones que se daban por sentadas, abre nuevas y múltiples opciones en materia de creencias, valores y estilos de vida.

Estamos pues, todavía, en una globalización cultural múltiple e incompleta. A pesar de algunas de las tendencias que hemos apuntado en este artículo y de los muchos argumentos que las afianzan, el PU y una globalización monolítica son tan sólo una amenaza, un peligro constatable, pero no –todavía- una realidad plena y aplastante. Su imposición mundial es todavía incompleta y la realidad cultural de la humanidad plural y múltiple. Ahora bien y como se ve, no se desvanecen en absoluto todas las nubes de tormenta, porque tiene razón Maalouf (1999: 125) cuando concluye: "En realidad, si afirmamos con tanta pasión nuestras diferencias es precisamente porque somos cada vez menos diferentes. Porque, a pesar de nuestros conflictos, de nuestros seculares enfrentamientos, cada día que pasa reduce un poco más nuestras diferencias y aumenta un poco más nuestras similitudes."

[44] http://www.worldvaluessurvey.org/

[45] Véase su introducción y análisis global en Berger y Huntington (2002).

Sin duda, reaccionamos angustiadamente y, con seguridad, con excesiva virulencia a la sensación de pérdida, indigencia y desamparo. Pues la simplificación cultural de la humanidad no es sino una consecuencia de la imposición del capitalismo globalizado y del PU que lo acompaña. A pesar de su común origen en cierta Europa o América occidental, no tienen demasiado que ver con los ideales ilustrados y progresistas de “cosmopoliticismo”. Más que al ideal kantiano de la sociedad cosmopolita, republicana y en paz perpetua (Mayos 2007 y 2004); el “cosmopoliticismo globalizado” que se está imponiendo y del que hemos apuntado algunos elementos, se asemeja más a la industriosa colmena de abejas de Bernard Mandeville, dónde aparentemente los vicios privados hacían las públicas virtudes. O algunas veces, más bien ¡sucede lo contrario!

8.- CONTRA UN “PENSAMIENTO” DES-PENSADO

Como hemos podido ver e incluso más allá de las violencias coloniales, la imparable globalización del modelo de modernización occidental se ha producido de una manera indiscutiblemente acrítica y completamente irreflexiva. Todavía hoy no se han analizado rigurosamente su presunta superioridad ni se les ha dado la más mínima oportunidad de defenderse a las múltiples alternativas presentes. Ello ha llevado a negar habitualmente que el PU sea ni pensamiento ni único. Simpatizamos con esta perspectiva pues sospechamos que el PU abdica de alguna de las características más básicas e importantes de lo que consideramos como pensamiento. Por otra parte constatamos la existencia de esperazadoras alternativas ya sean de nuevo cuño, ya sean tradicionales.

Ahora bien, no negaremos al PU la calificación “pensamiento”, entre otras razones porque creemos que la crítica mencionada ya les va bien a sus partidarios. Así pueden presentarlo como algo que supera la noción clásica de pensamiento o ideología y, de rebote, postularse como causantes del fin de la metafísica, de la muerte de las ideologías y de la superación de la Posmodernidad. Pueden argumentar que el PU no es ninguna conceptualización, cosmovisión o ideología comparable a las tradicionales y, en definitiva, presentarlo como la única manera “des-ideologizada” de administrar la realidad.

Entonces pueden proponer a las nuevas generaciones (muy condicionadas y ya “desencantadas” de la complejísima carga cultural clásica) un tramposo dilema: las opciones tradicionales son pensamiento, filosofía, metafísica, cultura, cosmovisión e ideología; en cambio el PU o el “consenso de Washington” son simplemente el mecanismo de la realidad o su

conocimiento científico. Pensamos que gran parte del éxito actual de planteamientos cercanos al PU se basa en forzar una elección desde tan hábiles y sesgadas premisas.

Por lo tanto aceptaremos –aunque no es nuestro modelo ideal- que el PU es "pensamiento", como también es -aunque lo niegue- una ideología, una cosmovisión, una mentalidad... entre otras de alternativas. Aunque, sin duda, tiende a tratarlo todo como a no-pensamiento, es decir exclusiva y monolíticamente como: mercado, economía, mecánico flujo internacional, ciega pragmaticitat, "espectáculo" (Guy Debord), mero simulacro (Jean Baudrillard)...

Pero el PU es todavía pensamiento ideológico opuesto otros y cosmovisión alternativa a otras, en la medida en que no ha culminado su acelerado proceso de des-ideologización, de vaciamiento de todo sentido conceptual, de olvido de su genealogía en la peculiar modernización occidental, de esconder sus profundos lazos con la colonización y el imperialismo, de obviar su carga política y de dominio... Por mucho que lo pretenda, pues, el PU no puede presentarse "neutral ni apolíticamente" como mera pragmaticitat, la "única" gobernanza internacional posible hoy ("lo que hay", se dice).

Ahora bien, para consolidarse como "lo que hay" y lo "único" posible hoy, el PU necesita –además de obviar su genealogía y modo real de imposición- banalizar todo pensamiento y cultura; obviar todo pensar reflexivo, crítico y distanciado; reducirlo todo a mero trabajo pragmático, frío resultado macroeconómico y a la inmediatez de los "simulacros" de una mecánica econométrica.

Sólo así el PU culmina la imposición global de la "jaula de hierro" que Weber (1992: 199) vincula con "este poderoso cosmos del orden económico

moderno que, amarrado a las condiciones técnicas y económicas de la producción mecánico-maquinista, determina hoy con fuerza irresistible el estilo de vida de todos cuantos nacen dentro de sus engranajes". Sólo así las complejas y autocríticas razonabilidad europea (Toulmin 2001 y 2003) razón ilustrada (Horkheimer & Adorno 1944) culminaran su plena reducción a mera razón instrumental y –como vaticinaba Heidegger en "Ciencia y meditación"- la extensión de "su poder en la tierra entera".

Sin embargo el PU no es todavía -afortunadamente- la máquina neutra, pragmática, meramente gestionadora, imparable e irreflexiva que aspira a ser. Como puede verse en nuestra breve genealogía, hunde sus raíces, no sólo en la colonización occidental, sino en la difusa ideología legitimadora del dominio y siempre forzando el individualismo y el egoísmo económico. Sin duda, la actual propuesta de PU (inseparable como hemos visto del "consenso de Washington") muestra su total dependencia de una muy concreta vía occidental a la modernización que mezcla inseparablemente aspectos positivos y negativos, pero en todo caso eurocéntricos, configurados en y por la modernización occidental: capitalismo, individualismo, revolución científica, desencantamiento del mundo, conquista colonial, mercantilismo, mecanicismo, racionalismo y empirismo, ilustración, liberalismo, industrialización, maquinismo, proletarización, economía política, utilitarismo, razón instrumental, positivismo, pragmatismo, imperialismo...

Por todo ello y a pesar de sus pretensiones, el PU no puede cancelar del todo el debate ideológico-conceptual ni imponerse sin alteridad. Sigue siendo simplemente un proyecto de sistema económico-político con –ciertamente- gran adaptación a las circunstancias. Por eso y como si siempre fuera a ser así, hoy se identifica con la postindustrialización, la "sociedad del conocimiento", el capitalismo financiero internacional, Internet y las novísimas tecnologías informático-comunicacionales...

Y cuando, contradiciendo sus pretensiones de mera y única posible gestión de la realidad, el PU se presenta como la gran utopía (aunque a nuestro juicio tiene mucho más de "distopía" –Mayos 1999-), no muestra sino su dependencia de un ideal todavía meramente “metafísico” y "filosófico" -en el sentido peyorativo que suele utilizar-. Sin ser exhaustivos, claramente el PU busca identificarse con el gran mito moderno del "progreso" (a pesar de que cada día se evidencian más sus límites y contradicciones), con la fantasmagórica idea de Adam Smith de la “invisible mano” del mercado e –incluso- el "fin de la historia" que ingenuamente proclamó Francis Fukuyama (1992), aunque desde entonces haya modificado reiteradamente su inicial posición[46].

Com vemos, la fría y ciega necesidad que proclama el PU está únicamente en el modo como se ha impuesto efectivamente en la historia (y que hemos esquematizado), pero en absoluto en su naturaleza. Pues ésta es profunda e injustificadamente “metafísica” e ideológica. Pues sin duda mantiene su dependencia de ideologías e ideales perfectamente reconocibles de la Modernidad occidental. Y –lo que es aún peor- en muchos casos los ha “parasitado” “malgré lui”, pues en verdad, algunos ideales e ideologías sólo han participado en la gestación del PU inconscientemente e, incluso, en contra de su voluntad explícita.

8.1.- Mera gestión logística

Uno de los mayores peligros del PU radica presentar sus diversos de

[46] Por ejemplo los artículos de Fukuyama: “Pensando sobre el fin de la historia diez años después” (1999), “El último hombre en una botella” (1999, con el significativo apartado “Porqué el ‘fin de la historia’ estaba fundamentalmente equivocado”) y “Seguimos en el fin de la historia” (2001).

acuerdo con su versión más simplista y simplificada. El objetivo es tanto minimizar las previsibles contradicciones e incompatibilidades, como enmascarar su carga ideológica (es decir: ser una alternativa y una mentalidad frente a otras y no -como se pretende- la única manera neutra y desideologizada de gestionar la realidad. Horkheimer y Adorno mostraron muy bien –en la *Dialéctica de la Ilustración*- como unas ideas se convierten en una peligrosa caricatura mítica de sí mismas, precisamente renunciando a toda perspectiva autocrítica.

Esto es exactamente lo que les ha pasado a la práctica totalidad de los elementos teóricos que hoy se han integrado dentro del PU. Ungidos por el poder y alejados (como el "consenso de Washington") de toda confrontación directa con la realidad, se han convertido en jueces de sí mismos. Han perdido toda distancia crítica, se ha minimizado su potencialidad autocrítica, han olvidado su viejo impulso emancipatorio y revolucionario, han sido simplificados, domesticados y depurados, y, en definitiva, han acabado al servicio de la legitimación del presente inmediato, del establishment dominante (para el que no habían sido creados).

Dada la estricta obediencia al "consenso de Washington" de los funcionarios de los grandes organismos internacionales (por ejemplo el BM, FMI, OMC, ONU, etc.) es evidente su papel en la imposición acrítica mundial del PU. Weber (1992: 13) lo habría avanzado cuando, en términos todavía inconscientes del poder de la gobernanza mundial, dijo: "Ningún país ni ninguna época se ha visto tan inexorablemente condenado como el Occidente a encasillar toda nuestra existencia, todos los supuestos básicos del orden político, técnico y económico de nuestras vidas, en los estrechos moldes de una **organización** de funcionarios[47] especializados, y ninguna ha

[47] Evidentemente Weber pensaba en funcionarios de los Estados-nación de la época, pero perfectamente se aplica a los funcionarios de los actuales organismos internacionales, a cuya élite analizaremos más adelante.

sabido de funcionarios estatales de formación técnica, comercial y, sobre todo, **jurídica**, como titulares de las más importantes funciones cotidianas de la vida social."

Esos “funcionarios” fieles al “consenso de Washington” carecen hoy de todo contrapreso crítico e incluso (¡escandalosamente!) de auténtico control democrático por parte de la ciudadanía. Así se han convertido en los únicos jueces que podrían enmendar sus propios errores, es decir son a la vez jueces y parte. Por ello no ha de extrañar que, a pesar de crisis como la del 2008- se muevan por un esfuerzo constante en favor del PU: descabezando aún más los elementos que lo configuran, anulando en toda la carga revolucionaria, crítica y emancipadora que ciertamente tuvieron en un momento dado.

El objetivo es -en definitiva- "des-pensarlos" y evitar cualquier tentación al pensamiento ¡especialmente si es crítico! La meta confesada es convertir el PU en cada vez menos pensamiento, para que pueda ser más eficazmente pragmático, adaptable y mecánicamente transformador de cualquier realidad a producción econométrica. Para que pueda cada vez más ser simple y ciego instrumento de dominio y menos una aproximación reflexiva a la realidad. Pues sólo así será finalmente “único”, omnipresente, invisible, causa y juez de si mismo...

En definitiva, el objetivo clave y la mayor amenaza del PU es convertir en necesidad y virtud "des-pensar" la relación humana con el mundo y con el prójimo. Hacer sentir y ser el advenimiento nihilista del "feliz" momento que sustituye para siempre la conceptualización por la gestión, el pensamiento teórico-práxico por la pragmática relación con los fenómenos, la política y la

ética por logística, la opción reflexionada por el cálculo de costes, los valores por los precios[48].

Autopresentarse como el pensamiento que es único porque propiamente no es "pensamiento" en sentido tradicional, sino literalmente la única posibilidad de “gestionar la realidad”. No un pensamiento ideológico, una perspectiva política, una opción ética o una visión del mundo que se confronta con otros, sino la única y global superación de la enajenación ideológica, la lucha política, la ingenuidad ética o del relativismo cultural. Sibilina pero rotundamente, el PU niega todo sentido a cualquier saber o interacción con la realidad que no pase por su gestión-dominio instrumental y, como mucho, por el individualismo egoísta y la mera democracia formal (considerados como la perspectiva política suprema a la que es llamada la humanidad).

Ahora bien, precisamente por aspirar a ese “grado cero” de pensamiento o ideología, el PU tiende a desconectar sus valores y premisas metafísicas (que Popper consideraría absolutamente “infalsables” y por tanto no científicos) de sus recetas y mecanismos pragmaticistas que no van mucho más allá de la superficie cambiante de los fenómenos. Especialmente se preocupa para obviar y difuminar cualquier riesgo o inconveniente que pueda generar.

En muchos sentidos el PU encara la globalización actual axactamente de forma inversa a *La sociedad del riesgo de* Ulrich Beck (1994) (y ello puede explicar la lenta recepción de tan importante obra). Beck muestra la tremenda complejidad de la actual globalización, explicando así precisamente la emergencia impredecible de nuevos riesgos. En cambio el PU tiende a encarar la compleja globalización actual evitando distinguir y

[48] Es decir cumpliéndose la famosa frase de Oscar Wilde: "Hoy en día el hombre conoce el precio de todo y el valor de nada”.

detallar los distintos niveles o ámbitos de la realidad; al contrario, reduciéndolos forzadamente a mera pragmaticidad, instrumentalidad y monetariedad.

Y –como hemos mostrado- hace de esa peligrosísima claudicación su propia virtud y orgullo. El PU ofrece globalidad y unicidad al precio de obviar e, incluso, negar la diversidad y complejidad de ese mundo global y acelerado que hemos construido. Por ello, el PU es hoy la mayor amenaza más poderosa en contra del pluralismo y el pensamiento de la complejidad y diversidad. En su absolutamente suicida reducción -que Beck (1994) evidencia contundentemente- lo reduce todo a mero flujo económico de mercancías, capitales e informaciones; olvidando cualquier otra instancia o realidad.

8.2.- Pensamiento mínimo y posmodernidad

Aunque sostenemos que el PU no ha alcanzado todavía el punto culminante a que le impulsa su propia dialéctica, resulta evidente que se ha convertido ya en un pensamiento mínimo y un mito carente de toda componente crítica, reflexiva y ética. En él se manifiesta esa tendencia moderna que minimiza y bloquea elementos claves de la tradición occidental más humanista y autocrítica, a cambio de reducirlo todo a mera instrumentalidad y pragmaticitat. Por eso, cuando se lo ataca, el PU se autoproclama como mera gestión neutra y des-ideologizada, "mínima" y de menor coste en maquinaria institucional.

Cansada la modernidad de esos leviatanes estatales que desataron sus tragedias, guerras mundiales, genocidios...; culpabilizada de las luchas

ideológicas que las legitimaron y exacerbaron; ha obviado el alimento último de todo ello: el “poderoso caballero don dinero” y la fuerza de los intereses económicos. Como bajo la seducción de una dialéctica que explica muy bien A. O. Hirschman (1999) y que ciertamente su efecto pacificador de las pasiones humanas y las ambiciones de poder, el PU lo fía todo en la pacificación del comercio y la competencia económica que –se dice- sublima otras más terribles. No en balde el PU tiene su origen –como insistimos- en el “consenso de Washington” (Williamson 1989) engendrado como pacífica “realpolitik” en las grandes instituciones supraestatales y que –muchas veces- tan sólo prolonga la “geopolítica” internacional –especialmente vigente durante la “Guerra fría”- en forma de la “geoeconomía” global de la actualidad (Luttwak 2000).

Por ello, significativamente, el PU enlaza muy claramente con las perspectivas del posmodernismo de final de milenio. Lipovesky (1994, en un libro significativamente subtitulado: “La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos”) analiza la postmodernidad como resultado de dos fenómenos que considera inseparables: en primer lugar el neoindividualismo y una cultura basada en la inmediatez, el presente, la pragmaticitat, la autonomía, el hedonismo consumista, etc. Y en segundo lugar: la crisis de los “grandes sistemas de significación” (los meta-relatos modernos de Lyotard 1984).

Sin duda esos dos fenómenos son esenciales también para el PU, mostrando su directa vinculación con el posmodernismo. Pues el primero es lo que normalmente se presenta como contenido, programa o ‘pensamiento’ del PU. Pues la "ideología” del PU bebe de la tradición de la individualismo posesivo (McPherson 1979): la insaciable búsqueda pragmática de valores materiales por parte de individuos aislados que compiten entre sí. Mientras olvida el abnegado calvinismo y el paternalismo escatológico-puritano de los orígenes del capitalismo (Weber 1992). Sin duda, en vinculación con el

postmodernismo el PU ha evolucionado en la dirección de la hedonismo consumista, de la inmediatez sin memoria ni reflexión del reponerse cada día de acuerdo con los roles que el mercado exige, de la superficialidad niveladora del simulacro en una cultura del espectáculo (según los análisis de Baudrillard, los posmodernos y los situacionistas).

Es un rasgo muy amenazante de la actual globalización el aumento de distancia en la riqueza entre la parte de la población que se beneficia de ella y la parte que resulta perjudicada. Como veremos, la crisis post-2008 ha representado un peligroso incremento en esa tendencia, máximamente cuanto muchos de los causantes de la crisis han sido "rescatados" con importantes costes por parte de los que, sin causarla, han sido lo principales perjudicados.

También se percibe un importante aumento de las diferencias sociales por lo que respecta a la adhesión al racionalismo de herencia ilustrada. Aunque criticamos los defectos del PU y su monoliticismo economicista y tecnocrático, las elites internacionales suelen moverse por ese tipo de racionalidad especialmente en aquellas actuaciones que les permiten reproducir su estatus (durante la formación, en las inversiones, etc.). En cambio una parte creciente de las masas populares, a pesar de sufrir las grandes pérdida generadas por esa concreta y reductiva racionalidad "de los mercados", parecen estar abocadas a un nuevo paganismo esotérico y virtual.

La llamada "new age" y el postmodernismo parecen nuevos estadios de la "sociedad del espectáculo" (predicha por Guy Debord), especialmente destinados a "consolar" y "distraer" los damnificados del PU y la globalización. Ciertamente la irracionalista superficialidad "new age" y la banalización postmoderna de la vida que se extiende poderosamente entre

las masas, se conjuga con el creciente desierto ideológico-reflexivo para facilitar el crecientemente global reinado del PU.

8.3.- Larga génesis, reciente toma de conciencia

Hemos mostrado que la globalización es un fenómeno muy antiguo, así como también la larga y compleja génesis de los elementos que han venido a confluir en el llamado PU (algunos muy evidentes desde el siglo XVII). Por ello sorprenderá al amable lector que –salvando algunas excepciones- tan sólo a finales de milenio se han percibido con escándalo muchas terribles consecuencias de la globalización y del PU.

El retraso en la toma de conciencia con respecto a la globalización nace sobre todo de la lentitud en sus formas tradicionales. Era un proceso de muy larga duración con cambios muy lentos y muy extendidos por toda la geografía terrestre, lo cual los hacía muy difícilmente percibibles dadas las condiciones tradicionales de circulación de la información (que eran prácticamente tan lentas como el avance de la propia globalización).

Sólo con los últimos grandes descubrimientos geográficos y, sobre todo, con la colonización prácticamente mundial de las potencias europeas, la globalización pasó a ser percibida. Pero aún así lo fue –en un primer momento- de una manera ingénuamente positiva, como destino “manifiesto” de Occidente –en tanto que vanguardia del progreso humano- a ejercer su imperio. Tal “percepción” continuo básicamente durante la “Guerra fría”, como dos globalizaciones ideológicamente enfrentadas que trataban de imponerse entre si.

El gran escándalo apareció sobre todo cuando Occidente comprendió que ya no dominaba la globalización, sino que era ésta la que le dominaba a él y –cada vez más- lo resituaba en relación de igualdad con los países del tercer mundo. Entonces, potenciado además por el desarrollo de las nuevas TICs y la www ("World Wide Web"), se tomó conciencia de la globalización como proceso desatado y sin guía humana (Bauman 2003), y de la "sociedad del riesgo" global que comportaba (Beck 1994).

Creemos que respecto al PU hay que añadirle otros motivos vinculados a velos ideológicos. Por este motivo valoramos muy positivamente el debate generado por el editorial de Ignacio Ramonet (1995) en *Le Monde Diplomatique*, aunque lamentamos que en gran medida se limitara a una "moda periodística". La rápida extensión del debate fue paralela a una hábil estrategia y consigna mediática que siguió los habituales flujos del poder económico-cultural. Instantáneamente, los intelectuales "orgánicos" y los media se alinearon de forma totalmente previsible respecto al PU (ya sea criticándolo, defendiéndolo o, muy hábilmente, negando su existencia como un loco "invento").

Lo más lamentable es que todo ello redundó en la extrema caducidad de tal debate, pues pronto las posiciones quedaron plenamente definidas y delimitadas. Como casi nadie parecía dispuesto a abrir una profunda reflexión sobre el PU, la idea-moda "se quemó" rápidamente dejando tan sólo unos "espectaculares" titulares en los medios.

Aunque el PU no descubrió nada que no fuera ya conocido, sin embargo destacamos entre sus ambivalentes consecuencias, dos importantes aspectos positivos: Focalizó en un concepto –PU- muchos de los esfuerzos autocríticos difusos que la Modernidad filosófica elaboró en las últimas décadas. Así ofreció una nueva "idea fuerza" que -a pesar de su

apocalipticismo- permite relacionarlos entre sí hasta darles una coherencia, unidad y "sistematicidad" que aún les faltaba (a pesar de su urgencia). Por ello –al igual que la globalización-, nos abre una necesaria perspectiva “macro”, interdisciplinar y transversal sobre nuestro tiempo y sociedad.

8.4.- Contra la mitificación del PU

Precisamente por la poca novedad aportada hasta hoy por los debates en torno al PU, el mayor peligro lo representa su mitificación. Hay que evitar facilitar al PU que se constituya cada vez más en mito de nuestro tiempo y que –como tal- nos fascine y discipline.

Ciertamente, como con el mencionado “consenso de Washington”, el PU parece prisionero de la paradoja que, fuera de las élites empresariales y funcionariales, prácticamente nadie los defiende. Aún más, prácticamente nadie sabe a ciencia cierta que son y que comportan, pues en su enorme elusivitat radica parte de su potencialidad y peligro. Nadie sabe que son ni como funcionan concretamente, pero todos “creen saber” que son lo único que hay y que funciona. Por tanto los aceptan como el destino contemporáneo y -consciente o inconscientemente- los siguen disciplinadamente casi sin darse cuenta, bloqueando cualquier crítica, rebeldía o disidencia.

Una de las diferencias del pensamiento único respecto a otros planteamientos ideológicos con tendencias totalitarias de épocas pasadas, es que en aquellos había unos explícitos dogmas e ideologías (en este sentido eran "más pensamiento"). Como hemos apuntado, la fascinación del PU proviene en gran medida de simular que en él no hay ninguna imposición

y que, en apariencia, sólo aporta unos "conocimientos" técnico-económicos y una terminología neutra: productividad, competencia, tecnología, mercados, flujos financieros...

Es más, la estrategia más paradójica, pero no la menos eficaz, consiste en descargar sobre todos y cada uno de los individuos la tarea que en teoría debería recaer sobre sus gurús y expertos: encontrar el sentido del PU, del nuevo dogma. Continuamente se exige al pobre ciudadano que se adapte (a menudo, sin decirle exactamente ¿a qué?), que se movilice para no perder el "tren del progreso" -¡así en abstracto!-, que se adapte creativamente al nuevo reto del PU o de la "sociedad del conocimiento" (Mayos y Brey 2011).

Es decir, se invierte la relación ideológica tradicional: en lugar de bombardear los individuos con la actuación pormenorizada de lo que se espera de ellos, se afirma "dejarles libres" pero imponiéndoles angustiosamente la necesidad de una respuesta competitiva. Además se obvía que tal liberación creativa se produce dentro de un marco muy estricto –y al que no se puede escapar- que condena al fracaso a la mayor parte de los individuos.

Otro de los aspectos más terribles del PU es que renuncia totalmente a un ideal común y para todos. A veces con eufemismos y otras sin ninguna vergüenza (como destaca Luttwak 2000) se supone que una gran parte de la población jamás podrá alcanzar el paraíso consumista que se le dibuja y –como mucho- lo entreverá precariamente. Así pues, tras la hagiografía al uso del PU, brotan -en clave darwinista- viejas apuestas aristocrático-elitistas.

Por otra parte, el PU se caracteriza por definir un marco abstracto de valores y promesas de enriquecimiento y consumo, que no por concretarse en teorías rigurosa y precisamente determinadas (en especial más allá de las recetas econométricas de las escuelas de negocios). Más allá de su eficacia

(que me guardaré mucho de negar) en la gestión del mercado de capitales y de tecnologías, el PU más bien es una acumulación de tópicos, de mitos, de esperanzas, de ilusiones y alusiones, de prejuicios, de apuestas arriesgadas, de fórmulas imperativas pero en absoluto rigurosamente demostradas... De momento no ha conseguido la tan prometida unificación científica en un sólido paradigma. Como es especialmente evidente con la desconcertante crisis post-2008, el PU todavía continúa siendo sobre todo una gran promesa, una ilusión que saca su fuerza además de la capacidad de fascinar que no de demostrar.

Esa situación kafkiana y paradójica explica que la sociedad actual haya interiorizado el progreso económico y material (indiscutible en muchos sectores sociales y países) como inseguridad, angustia y desengaño. Así lo señaló agudamente Jacques Delors ya hace unos años en un famoso "Informe sobre educación" para la Comunidad Europea. Desde entonces tal paradoja no ha cesado de crecer y está detrás (junto con una creciente precarización y conciencia de marginalidad crónica) de muy extendidos conflictos sociales en las banlieues francesas (2005), los barrios degradados ingleses (2011) o el movimiento "de los indignados" (2011).

Además de muchos problemas de convivencia multicultural, por el desmuntaje del "Estado del bienestar" y de pérdida de confianza en el llamado "ascensor social", el PU es también culpable porque exige a la gente -en especial la juventud- que se movilice y apueste a ciegas por algo que no ven claro y que nadie parece poder explicar con toda claridad (siempre se dice: de momento). El motivo básico de ello es que: la esperanza que –para algunos anida en el PU- tan sólo nace en su parte mítica y seductoramente ilusa; y desaparece precisamente cuando se le consigue finalmente formular con claridad, pues entonces tan sólo brilla un desolado mensaje darwinista:

“el ganador se lo lleva todo” (o casi) y la mayor parte de la población queda condenada al fracaso, la exclusión o una eterna precariedad.

Una vez más le sucede al PU lo que agudamente detectaron Horkheimer y Adorno (1944) en la ilustración: “en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de eliminar el miedo en los hombres y convertirlos en amos. Sin embargo, la tierra completamente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura.” Como otras seculares profecías, el PU promete el “cielo” pero –previamente- lo ha definido de la manera más reductivamente terrenal (formación para la productividad, trabajo creativo pero precario y consumo masivo en caso de éxito) y –cada vez más- sólo accesible para una parte limitada de la población.

Todo se acaba reduciendo, pues, a la vaga esperanza de que si se acepta el reto competitivo la economía macroeconómica y en conjunto crecerá expansivamente. Dentro de ese escenario, muchos ciudadanos –pero no todos- podrán aspirar a trabajos bien remunerados, que les permitirán altas tasas de consumo, siempre y en cuanto sus capacidades o formación no caigan en una amenazante obsolescencia (Mayos y Brey 2011: 21ss y 189ss). Esa es la espada de Damocles –casi inevitable con el tiempo- del PU y de la turboglobalización.

8.5.- La gran batalla que viene

Como hemos mostrado, el PU es el resultado de una compleja (e inestable) amalgama de elementos muy diversos. Fueron poderosos resultados de la modernización occidental y permitieron la conquista y colonización del globo.

Finalmente, configuraron profundamente –incluso- la turboglobalización monádica en que hoy nos encontramos. Pero tal imposición sólo pudo hacerse des-pensando sus fundamentos y minimizando los ideales o ideologías en que –originalmente- se habían formado.

Por todo ello, nuestro principal reto en la actualidad es desvelar críticamente la muy larga y compleja genealogía del PU y la globalización. Desconstruir (en el sentido de Jacques Derrida) sus aparentes y tramposas: unidad, neutralidad, ausencia de pensamiento, valores, metafísica o ideología. Evidenciar sus fundamentos ocultos y sus fines aparentemente convertidos en meros medios. Volver a pensar los costes, riesgos y "daños colaterales" que han sido minimizados y obviados. Restablecer la plausibilidad de los muchos elementos de disenso, reflexión y denuncia que han sido astutamente "diferidos" y desviados con la construcción del actual PU.

Una gran batalla se prepara, pues, entre dos grandes conglomerados socio-culturales: aquel incorporado en el PU y aquel que ha sido obviado y negado. Lamentablemente muy poco de eso pasó en el breve momento de gloria que significó la moda periodística de finales de los 90', en el fondo se trató tan sólo de una pequeña escaramuza, frente a la batalla que se acerca. Se perdió en la "fiesta" postmoderna, pues los críticos al PU estaban aún dispersos, desorientados e, incluso, paralizados por el efecto boomerang de sus críticas (Sloterdijk 1989).

Si Lyotard define la "condición posmoderna" por la falta de "grandes meta-relatos", ahora nos encontramos de nuevo en una situación de gran y explícita conflictividad ideológico-cultural. Podemos sintetizarla como el choque el triunfante PU, contra la alianza de sus enemigos, que por fin han tomado conciencia del radical y común peligro que representa para todos ellos. Toda la complejidad humana, toda la riqueza de formas de vida, toda la

pluralidad y diversidad cultural, se ve amenazada por el PU. Los nuevos tiempos obligan más que nunca a un esfuerzo, que la postmodernidad descuidó, de sistematicidad y ambición intelectual. Pues hay que construir nuevos y potentes macrodiscursos, que determinen las grandes coordenadas para pensar el conflicto esencial en el presente y establecer las necesarias alianzas dentro del propio y muy complejo bando.

Finalmente la globalización y el PU –actuantes hace ya mucho tiempo- han podido ser bien detectados y evaluados. Incluso se ha superado el angustioso desconcierto que su consciente advenimiento provocó en los intelectuales y las masas. Por eso, los dos grandes "bloques" ideológico culturales que se focalizan a favor y en contra del PU, pueden reconocerse como tales y enfrentarse en tanto que tales. Esa gran batalla de bloques –que en muchos sentidos parece sustituir la de la “Guerra fría”- dejará atrás la caótica guerra posmoderna de guerrillas, de microdiscursos desorientados, sin ninguna mínima composición de conjunto ni gran alternativa epocal.

Nietzsche diría que vuelven los tiempos de la gran decisión y, ciertamente, el presente vuelve a reclamar una coherente macrovisión de conjunto. Vivimos y luchamos dentro de una gran turgoglobalización monádica, el PU detenta la hegemonía dentro de ella y representa el mayor peligro pensable. Por ello no podemos continuar cerrando los ojos ni perdernos en las pequeñas batallas. Lo queramos o no, estamos ante una gran y radical alternativa; y nuestra reacción inevitablemente nos hará tomar una posición en ella. ¿Haremos lo correcto?

9. BIBLIOGRAFÍA

Marc Augé (1992) Non-Lieux, introduction à une anthropologie de la surmodernité, París: Seuil.

Zygmunt Bauman (2003) La globalización. Consecuencias humanas. México: FCE.

Zygmunt Bauman (2002) *Modernidad líquida.* México: FCE.

U. Beck, A. Giddens y S. Lash (2008) Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno, Madrid: Alianza.

Ulrich Beck (2005) La mirada cosmopolita o la guerra es la paz, Barcelona: Paidós,

Ulrich Beck (1994) La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós.

Helena Béjar (2007) *Identidades inciertas: Zygmunt Bauman*, Barcelona: Herder.

Peter L. Berger & Samuel P. Huntington (2002) Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo. Barcelona: Paidós.

José M. Bermudo (ed.) (2006) *Del humanismo al humanitarismo*, Barcelona: Horsori.

A. Briggs y P. Burke (2002) De Gutenberg en internet. Una historia social de los medios de comunicación, Madrid: Taurus.

Manuel Castells (2000) *The Information Age: Economy, Society, and Culture*. Oxford (GB) – Cambridge (USA): Blackwell Publishers.

Frederic Chordá (2010) Vivir es cambiar. Lenguaje, historia y anticipación. Con el ensayo La ciencia del cambio de Mihai Nadin, Barcelona: Anthopos.

David Christian (2005) Mapas del tiempo. Introducción a la “gran historia”, Barcelona: Crítica.

M. Davis (2006) *Los holocaustos de la era victoriana tardía*, València: Universitat de València.
Jared Diamond (2006) *Armas, gérmenes y acero,* Barcelona: Debate.

Norbert Elias (1987) El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, México: FCE.

Raúl Fornet-Batancourt (2006) en "La pluralidad de conocimientos en el diálogo intercultural" en Jesús Vicens y Àngels Canadell (eds.) (2006) *La tecnología desde la perspectiva intercultural*, Girona: Documenta Universitaria.
Francis FUKUYAMA (1992) *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
Francis FUKUYAMA (2012) "El futuro de la historia" en *Foreign Affairs*, January/February.

Ernst Gellner (1994) El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana, Barcelona: Península.
V. Gordon Childe (1954) *Los Orígenes de la civilización,* México: FCE.
V. Gordon Childe (1976) *Nacimiento de las civilizaciones orientales*, Barcelona: Península.

Max Horkheimer & Theodor W. Adorno (1944) Dialektic der Aufkläfung. Philosophische Fragmente.
Almudena Hernando, (2006) "Arqueología y Globalización. El problema de la definición del "otro" en la Postmodernidad" en *Complutum*, Vol. 17, 2006, pp. 221-234.
A. O. Hirschman (1999) Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo, Barcelona: Península.

James D. Hunter & Joshua Yates (2002) “A la vanguardia de la globalización. El mundo de los globalizadores estadounidenses” en Peter L. Berger & Samuel P. Huntington (2002) *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo,* Barcelona: Paidós.
Samuel P. Huntington (2005) El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial, Barcelona: Paidós.

Ronald Inglehart (2001) Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas & Siglo XXI.
Ronald Inglehart & Christian Welzel (2006) *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas & Siglo XXI.

P. Jay (2002) La riqueza del hombre. Una historia económica de la humanidad, Barcelona: Crítica

David Landes (2003) *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona: Crítica.
L. Levathes (1994) When China ruled the seas. The treasure fleet of the Dragon Throne 1405-1433, New York: Simon & Schuster.
Gilles Lipovetsky (1994) El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona: Anagrama.
Edward Luttwak (2000) Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización, Barcelona: Crítica.
Jean-François Lyotard (1984) La condición postmoderna. Informe sobre el saber, Madrid: Teorema.

Amin Maalouf (1999) *Identidades asesinas.* Madrid: Alianza.

Crawford B. Macpherson (1979) La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke. Barcelona: Fontanella.

Michael Mann (2004) El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional, Barcelona: Paidós.

Herbert Marcuse (1971) *El Hombre unidimensional,* Barcelona: Seix Barral.

R.B. Marks (2007) Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión, Barcelona: Crítica.

Gonçal Mayos (2012) "Conocimiento y cultura. Agentes de barbarie y reconciliación" en *CIDOB*, Barcelona, en prensa.

Gonçal Mayos (2011) "Genealogía de la globalización" en *Revista Umbral* de la Universidad de Puerto Rico, No 5, Noviembre, 2011, pp. 51-76.

Gonçal Mayos (2011) "Aspectos de la nueva globalización" en *Prisma Social. Revista de Ciencias Sociales de la Fundación iS+D para la investigación Social Avanzada*, nº 6 "Nuevas formas de la relación social", Junio 2011, pp. 1-34.

G. Mayos y A. Brey (eds.) (2011) *La sociedad de la ignorancia*, Península, Barcelona.

Gonçal Mayos (2009) “Mort Huntington; què restarà del 'Clash of civilitations'?" en AA.VV. *Filòsofs a cel obert*, Barcelona: La Busca, pp. 215-252.

Gonçal Mayos (2007) *La Ilustración*, Barcelona: EdiUoc.

Gonçal Mayos Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder, Barcelona: Herder, 2004.

Gonçal Mayos (2000) “Genealogia i crítica del pensament únic” en AA.VV. *Globalització - Pensament únic*, Barcelona: La Busca, pp. 17-40.

Gonçal Mayos (1999) "Possibilitat del pensar utòpic" en AA.VV. *La utopia*, Barcelona: La Busca, pp. 46-61.

Gonçal Mayos (1998) "Post-il.lustració o autocrítica de la modernitat" en AA,VV. *Postmodernitat*, Barcelona: La Busca, pp. 51-74.

M. McLuhan, y B.R. Powers (1989) *The Global village. Transformations in world life and media in the 21st century*, New York & Oxford: Oxford University Press.
John R. McNeill & William McNeill. *Las redes humanas. Una historia global del mundo.* Crítica, Barcelona, 2004.

J. Osterhammel & N.P. Petersson (2005) *Globalization a short history*, Princeton University Press

Ignacio Ramonet “La pensée unique” editorial en *Le Monde Diplomatique,* en http://www.monde-diplomatique.fr/1995/01/RAMONET/1144, del 1995 (consultado el 20-2-2011).

Joaquin C. Salgado (2006). A Idéia de Justiça no Mundo Contemporâneo. Fundamentação e aplicação do direito como maximum ético, Belo Horizonte: Editora Del Rey.
Amartia Sen (2010) *Idea de Justicia,* Madrid: Taurus.
Peter Sloterdijk (1989) *Crítica de la razón cínica*, Madrid: Taurus, 2 volúmenes.
M.B. Steger (2003) *Globalization: A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press.

Stephen Toulmin (2001) *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*, Barcelona: Península.
Stephen Toulmin (2003) *Regreso a la razón*, Barcelona: Península.

Immanuel Wallerstein (1979) *El Moderno sistema mundial*, Madrid: Siglo XXI.
Max Weber (1992) Ensayos sobre sociología de la religión I, Madrid: Taurus.

John Williamson (1989) "What Washington Means by Policy Reform", en http://www.iie.com/publications/papers/paper.cfm?ResearchID=486, del noviembre de 1989 (consultado el 20-2-2011).

ÍNDICE:

1.- ¿SOMOS GLOBALES?
1.1.- Humanizar y “empoderarse” de la humana globalización
2.- UNA ESPECIE, UNA GLOBALIZACIÓN
2.1.- Globalización a pesar de la diversidad
2.2.- Globalización imperceptible
2.3.- Con la modernidad, la globalización se hace cruelmente perceptible
2.4.- Culminando –violentamente- la globalización
3.- BASES DE PENSAMIENTO ÚNICO Y GLOBALIZACIÓN
3.1.- Para una genealogía del PU
4. REFLUJO DE LA GLOBALIZACIÓN DE HEGEMONÍA OCCIDENTAL
4.1.- ¿Unificación o pluralidad civilizatoria?
5.- EN LA CRISIS ACTUAL
5.1.- Crisis, pero en el capitalismo
5.2.- Falta de control
5.3.- Debilidad de fronteras y “santuarios” estatales
5.4.- Creciente unificación de las culturas
5.5.- Compatibilidad de turboglobalización, capitalismo y PU
6. LA NUEVA ÉLITE Y CULTURA GLOBALIZADAS, COMO EJEMPLO
6.1 Indigenización o multiculturalismo banalizados
7.- QUEDAN ALTERNATIVAS “CULTURALES”
8.- CONTRA UN “PENSAMIENTO” DES-PENSADO
8.1.- Mera gestión logística
8.2.- Pensamiento mínimo y posmodernidad
8.3.- Larga génesis, reciente toma de conciencia
8.4.- Contra la mitificación del PU
8.5.- La gran batalla que viene
9. BIBLIOGRAFÍA

MoreBooks! publishing

yes

i want morebooks!

Buy your books fast and straightforward online - at one of world's fastest growing online book stores! Environmentally sound due to Print-on-Demand technologies.

Buy your books online at

www.get-morebooks.com

¡Compre sus libros rápido y directo en internet, en una de las librerías en línea con mayor crecimiento en el mundo! Producción que protege el medio ambiente a través de las tecnologías de impresión bajo demanda.

Compre sus libros online en

www.morebooks.es

VSG
VDM Verlagsservicegesellschaft mbH

VDM Verlagsservicegesellschaft mbH
Heinrich-Böcking-Str. 6-8
D - 66121 Saarbrücken

Telefon: +49 681 3720 174
Telefax: +49 681 3720 1749

info@vdm-vsg.de
www.vdm-vsg.de